

RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA



EL *Espíritu Santo* *en clave de sol*

La música y el canto desde la experiencia del Espíritu

JAVIER RODRÍGUEZ
COMUNIDAD CANÁ

Este libro, en torno a la música y el canto desde la experiencia del Espíritu, no ha surgido de la nada. Como toda obra en la Iglesia de Dios, "sobre el cimiento de apóstoles y profetas", recoge innumerables intuiciones, estudios, reflexiones, exhortaciones, mociones espirituales,... de hermanas y hermanos. De muchos no conocemos ni el nombre. Pero el Señor sí . Él lo conoce todo, pues todo viene "del mismo y único Espíritu" .

¡Gracias, a todos, en el nombre del Señor!. A Alfred Hüen y Susana Haïk, porque hemos transcrito muchas de sus aportaciones. Igualmente a Diego Jaramillo, Martín Valverde, Max Thurian, Vicente Borragán, Michel Cool, Josep Asunción, Lucien Battaglia, Marta Gil, Vicente Rubio, Chalo, E. Wiesel, Claudio y Antoinette Laferla, Graham Kendrich ... y tantos y tantas más. Muy especialmente a mis hermanas y hermanos de *Betania* y *Jesusiños* . Sois más de cuarenta; no quiero nombraros aquí uno a uno... Pero sí amaros a cada uno. ¡Trabajemos codo con codo en la Iglesia del Tercer Milenio!.

¡Bendito sea nuestro Padre, que derrama su Espíritu con múltiples y variados dones para construir su Pueblo! . ¡Seguid dando gratis lo que gratis habéis recibido!.



*En Jesús somos un Cuerpo, adorando a un solo Señor.
!!! TODA LA GLORIA A ÉL !!!*

PRESENTACIÓN

El viento del Espíritu Santo, cuando toca las cuerdas del alma y sus potencias, se convierte en música interior y en melodía de Dios para nosotros. "Su sonido -nos dice San Juan de la Cruz en su Cántico Espiritual- excede todos los sonidos del mundo". Pero esta música es secreta e interior. Es "la música callada, la soledad sonora" que recuerda el gran místico español.

Cuando esta música interior se exterioriza en letras inspiradas y en canciones ungidas, brota una música nueva y espiritual, que lleva a la oración y a la alabanza de Dios, que sana y santifica al que la canta, y se hace evangelizadora de los que la oyen. Hoy necesitamos una música así en la Iglesia.

El Concilio Vaticano II afirmaba en su Constitución sobre la Sagrada Liturgia que "la finalidad de la música sagrada es la gloria de Dios y la santificación de las almas" (SC 112). Mal se podría glorificar a Dios y santificar a los hombres si la música y sus textos no estuviesen ungidos por el Espíritu Santo y acordes con la doctrina de la Iglesia, con las fuentes litúrgicas y las letras de la Biblia (SC 121). Dentro de la música religiosa, el canto gregoriano obtuvo en la liturgia romana un lugar privilegiado. La polifonía sacra llenó horas gloriosas de las Misas solemnes y del canto litúrgico. A su lado, la Iglesia también admitió los demás géneros de música sacra, que expresaban la oración con mayor delicadeza y fomentaban la unanimidad de los fieles (SC 116) y la participación activa de toda la asamblea (SC 121).

San Pablo reclamaba ya para los creyentes de las primeras iglesias que "se dejaran llenar por el Espíritu Santo y que se expresasen entre ellos con salmos, con cánticos e himnos inspirados, cantando y tocando con toda el alma para el Señor" (Ef 5, 19). Y añade que "cantemos a Dios de corazón con acción de gracias, salmos, himnos y cánticos inspirados" (Col 3, 16). No se habla aquí de inspiración musical humana, sino de moción inspirada por el Espíritu Santo. En las reuniones culturales, el Espíritu de Dios llenaba los corazones, desataba las lenguas en salmos, himnos y cánticos, muchas veces espontáneos, y otras en forma de canto en lenguas y melodías carismáticas. Así, mediante cánticos espirituales se edifica la comunidad cristiana y se manifiesta como santa. La comunidad que entona himnos, es ya la alborozada Esposa del Cordero, que celebra a su Dios con cánticos de júbilo.

El cántico inspirado por el Espíritu eleva el alma hacia Dios. Santa Teresa de Jesús nos cuenta en *Conceptos del Amor de Dios* 7,2: "sé de una persona que estando en oración, oyó cantar una buena voz, y certifica que, a su parecer; si el canto no cesara, que iba ya a salirse el alma del gran deleite y suavidad que Nuestro Señor le daba a gustar..." Se trataba del canto: "Véante mis ojos, dulce Jesús bueno; véante mis ojos, muérame yo luego". La música religiosa puede curar heridas profundas. Cuando Corrie Ten Boom regresaba a Holanda desde el campo de concentración nazi para mujeres, se acercó en Haarlem a su antiguo hogar, que ya no era su casa, pero que aún formaba parte de su corazón. La música del carillón de campanas hizo sonar el canto "Ein'feste Burg its unser Gott": ("Castillo fuerte es nuestro Dios"). Corrie se sintió liberada. Desde ahora Dios era su casa fuerte. Una música inspirada la había sanado.



Hay una música que se convierte en oración personal y compartida, en respuesta de Dios al hombre, en gozo de su presencia y en alabanza de su Gloria, en camino hacia Dios y en llegada y abrazo con El.

Seguimos deseando esta música en nuestras asambleas con Espíritu Santo en clave de sol.

Ceferino Santos S.J.

SUMARIO

1. EL MINISTERIO DE MÚSICA DESDE UNA PERSPECTIVA BÍBLICA

1.1 Introducción.

1.2 En tus murallas, Jericó.

- La música en el Antiguo Testamento.

1.3 Cantar la Biblia.

1.4 Pablo Domingo y Silas Pavarotti.

- La música en el Nuevo Testamento.

2. EL PODER DE LA MÚSICA UNGIDA POR DIOS

2.1 Música S. XXI.

- Introducción

2.2 Un arma cargada de Espíritu Santo.

- Carisma de música y canto

2.3 M. D. M.

- Ministerio de música. Diversidad de funciones.

2.4 Grito de guerra.

- La Aclamación.

2.5 Eliseo, "el enterao".

- Música y líderes. Música y catequesis. profecía, sanación...

2.6 Se va el Diablo con dolor de panza.

- La alabanza

2.7 Yo bailo como David.

- Danza, expresión corporal.

2.8 Cantar victoria.

- Evangelización.

2.9 ¡Échale leña al fuego del Espíritu!

- Vida espiritual del "músico".

2.10 Strépito Interpósito.

- Canto en el Espíritu. Lenguas.

2.11 S. D. G. (SOLI DEO GLORIA)

- La música en el Catecismo y otros documentos de la Iglesia Católica.

2.12 Música de Dios

- María en el ministerio de música.

3. EL ESPÍRITU SANTO EN CLAVE DE SOL

- Futuro de la música cristiana.

1. EL MINISTERIO DE MÚSICA DESDE UNA PERSPECTIVA BÍBLICA

1.1 Introducción.

¿Tiene la Biblia algo que decir sobre la música y el canto como ministerios en la Renovación Carismática, en la Iglesia?

¿Puede la Palabra de Dios iluminar de un modo nuevo y "renovador" el ejercicio de los carismas relacionados con este ministerio?

La perspectiva de Dios, manifestada en la Biblia, ¿debe cambiar nuestras actitudes e impresiones personales acerca del tema?

¡¡¡ Sí, por supuesto !!!

La música ocupa un lugar importante en la Palabra de Dios. Más de 40 libros de la Biblia nos hablan directamente de ella, sumando casi 600 pasajes. ¡Casi nada!. Esto sin contar las numerosas referencias indirectas. Por tanto, haremos bien en leerlos y aprender. Todos los aspectos actuales de la música y el canto son abordados por la Palabra de Dios.

1.2 En tus murallas, Jericó.

La música aparece en 563 citas del Antiguo Testamento. Y lo hace ya desde las primeras páginas del Génesis. En Gen.4, 20-22 se nos describe la primera especialización de las actividades humanas. Tres hijos tuvo Lamek: Yabal, Yubal y Túbal Caín. Yabal "vino a ser el padre de los que habitan tiendas y crían ganado". Túbal Caín "padre de todos los forjadores de cobre y de hierro". El segundo de los hermanos, Yubal, fue "padre de cuantos tocan la cítara y la flauta". La palabra de Dios nos da a entender que los alimentos y los productos manufacturados no sacian las necesidades del hombre. Junto a estas actividades, la Biblia pone la música. Dios nos revela que no es suficiente atender las necesidades materiales del hombre. El nos ha creado con ciertas necesidades "estéticas" y ha creado la música para satisfacer esas necesidades.

Desde siempre, la música ha servido para expresar la alegría y la alabanza a Dios. El Señor le preguntaba a Job: "¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra, alababan las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios?" (Job 38,7).

Si leemos el Antiguo Testamento desde la perspectiva de la música, nos impresiona la importancia que tenía en la vida del pueblo de Dios. Estaba asociada a todos los aspectos de su existencia personal y colectiva. La música está presente siempre, en todos los lugares, tanto en la vida cotidiana como en la religiosa. Todas las épocas del año están marcadas por cantos aprendidos o improvisados. Se cantaba en:

- Las siegas y en las vendimias (Esd 9,2; 16,10. Jer 31, 4-5)
- Al momento de partir (Gen 31,27)
- Y en los reencuentros (Jc 11, 34-35 ; cf. Lc 15, 25)
- A la llegada de la primavera (Cant 2, 12)
- Y al descubrir el manantial (Nm 21, 17)
- El novio cantaba al presentarse a la amada (1 Mac 9, 3)
- Había cantores y cantoras en la corte del Rey (2 Sam 19, 35)

En los libros del Antiguo Testamento aparecen toda clase de cantos:

- Cantos de marcha (Nm 10, 35-36 . 2 Cro 20, 21)
- Cantos de peregrinación a Jerusalén (Sal 121 a 134)
- Cantos laborales (Num 21, 16-18 ; Jc 9, 27 ; Is 5,1 ; Is 27, 2 ; Is 65, 8 ; Jer 25, 30 ; Jer 48, 33 ; Os 2, 17 ; Zac 4, 7 ; Job 38,7)
- Cantos de amor (Sal. 45 ; Cant 2, 14 ; Cant 5, 16 ; Ez 33, 32)
- Cantos para beber (Job 21, 12 ; Sal 69, 13 ; Is 24, 9 ; Is 33, 11)
- Cantos para danzar (1Sam 18, 6-7 ; 21,12 ; 29,5 ; Sal 26,6 ; 68,26 ; 87,7)

Las más antiguas menciones a música y cantos improvisados están asociadas a las guerras (Num 21, 11-15 ; 21,27 ; 21,30; y a las victorias que Dios obtuvo en favor de su pueblo (Ex 15, 1 y ss. ; 1Sam 18,6 ; 21,12 ; Is 14,4). Las mujeres recibían a los vencedores con panderos y danzas, cantando en coros que se alternaban. En tiempo de los reyes se mantuvo esta costumbre: Después de su victoria, Josafat subió al templo al son de cantos , arpas y trompetas (2 Cro 20, 28). Se cantaba durante las fiestas y las bodas (Sal 45,9 ; 2Sam 19,35 ; Is 24, 8 ; Mat 11,17). Se cantaba "al son de panderos, del arpa y la flauta "(Job 21,12 ; Sal 30, 12 ; Is 5,12 ; 24, 8-9 ; Jer 25,10 ; 31, 4 ; Am 6, 5). En estos pasajes encontramos ejemplos de las tres categorías de instrumentos que se usaban: de cuerda, de viento, y de percusión.

Hay cantos de júbilo tanto en la salida de Babilonia (Is 48, 20 ; Sal 126, 5) como en la liberación definitiva de los redimidos (Is 35, 10). En los entierros, se cantaban elegías fúnebres (2 Sam 1, 18-27 ; 3, 33 y ss ; 2 Cro 35, 25). Aún el más pobre de los israelitas debía hacer venir como mínimo a dos músicos que tocaran la flauta para el entierro de alguno de su familia.

La música acompaña el ejercicio del ministerio profético. En tiempos de Samuel, había grupos de profetas que tocaban salterios, arpas, panderos, y flautas (1Sam 10, 5 ; 16, 16 y ss ; 19, 20-24). Eliseo pidió a un músico que tocara el arpa para poder el expresar lo que Dios le inspiraba. La música era utilizada también para echar los malos espíritus (1Sam 16, 16 ; 18, 10).

La música se utilizaba regularmente en el culto del templo, tal como había ordenado el Señor: "En el día de vuestra fiesta y en las solemnidades, tocaréis las trompetas durante vuestros holocaustos y sacrificios de comunión. Así haréis que vuestro Dios se acuerde de vosotros (Num 10, 10).

Cuando transportaron el arca a Jerusalén, "David y toda la casa de Israel bailaban delante de Yaveh con todas sus fuerzas, cantando con cítaras, arpas, panderos, flautas y címbalos" (2Sam 6, 5). Los especialistas en el tema han clasificado hasta treinta instrumentos musicales utilizados por los hebreos. No todos eran utilizados por el pueblo; David hizo que el uso de alguno de ellos se limitase exclusivamente al culto del tabernáculo.

Los cantos y la música resonaban sobre todo durante los sábados y las fiestas. Desde por la mañana se cantaba un salmo que variaba según el día de la semana. La mañana del sábado, los levitas cantaban los primeros versículos del Salmo 105. La jornada estaba dividida en seis períodos. Cada uno de ellos se introducía con el canto de algunos versículos del Cántico de Moisés (Sal 90, 1-6 ; 7; 13 ; 14-18...) Por la noche, los levitas clausuraban la jornada cantando el Salmo 96.

Cada fiesta era celebrada por uno de los salmos en particular. En la fiesta de los Tabernáculos, la asamblea entonaba el Salmo 118 caminando alrededor del altar. El último día, "el más grande de la fiestas" , un sacerdote iba al estanque de Siloé para sacar agua con un cántaro de oro. Cuando volvía, el pueblo lo recibía a la puerta de la ciudad cantando: "sacaréis con gozo de las fuentes de la salvación" (Is 12, 3). Mientras el sacerdote derramaba solemnemente el agua sobre el altar, los otros sacerdotes tocaban las trompetas y los levitas cantaban, acompañados por los flautistas. En este marco, podemos entender mejor las palabras de Jesús en (Jn 7, 37). Esa noche, la fiesta se prolongaba hasta el primer canto del gallo. Hombres y mujeres se reunían en el atrio del templo a bailar y cantar al ritmo de los instrumentos de los levitas.

David fue el primer responsable de un ministerio de música carismático. En (1Cro 15, 16-22) se nos explica como lo organizó. Inventó instrumentos (Am 5, 23) para acompañar los "cantos en honor a Dios" (1Cro 16, 42). Más tarde estableció 4.000 levitas para "alabar al Señor con sus instrumentos" (1Cro 23, 30). Recibían diez años de formación para poder ejercer este servicio y no podían empezar su ministerio antes de

los 30 años (1Cro 23, 3). Los maestros de música y canto estaban divididos en 24 grupos de 12 hombres; un total de 288 levitas "expertos en todo lo referente al canto al Señor, instruidos y aptos" (1Cro 25, 7). Estos enseñaban la música a sus hermanos. Asaf, Jedutún y Hemán dirigían este gigantesco ministerio de música. Daban la señal de empezar con sus címbalos. Otros ocho músicos guiaban la melodía con el arpa.

Salomón continuó con este ministerio de música carismático. Para la inauguración del templo, 120 sacerdotes tocaban trompetas al mismo tiempo que un gran coro cantaba a una sola voz: "porque es bueno, porque es grande su Amor".(2 Cro 5, 13). Y Dios manifestó su aprobación "llenando el templo de su Gloria".

En Cro 29, 26-30 y 35, 15, vemos nuevos modelos para nuestros modernos ministerios de música.

Con el exilio (S.VI a. de Cristo) el canto pasó del templo a las sinagogas, no sólo se continuó cantando los salmos, sino que toda la escritura era leída cantando. De los ocho grupos de instrumentos mencionados en el Antiguo Testamento, solamente la mitad tenía acceso al templo. Sólo los descendientes de Leví podían tocar en el Santuario y debían hacerlo de una determinada manera, apropiada para el culto. Esto nos enseña que había unos criterios establecidos en lo referente a la utilización de instrumentos musicales, y que no estaba permitido que cada uno hiciera lo que mejor le pareciera para alabar a Dios.

Las mujeres también participaban en el coro del Templo. Esdras habla de "doscientos cantores y cantoras " (Esd 2, 65). En 1Cro 25, 5 y ss se nos habla de tres hermanas instruidas para el canto en la casa de Dios. Los cantores recibieron del rey Agripa el privilegio de llevar una túnica blanca, distintivo de los sacerdotes. La "orquesta" del templo estaba compuesta, sobre todo, por instrumentos de cuerda con sonidos suaves (arpas y salterios). Podemos decir que, a pesar de haber muchos instrumentos, las voces no tenían ninguna dificultad para sobresalir y así ser escuchadas. En el culto, había lugar para el canto de los solistas, el coro y las distintas clases de instrumentos.

El Antiguo Testamento nos presenta también ejemplos del mal uso de la música. En Ex. 32, 17 se menciona la música que hicieron los israelitas después de haber levantado el becerro de oro.

Pablo nos explica en 1Cor 10, 6-8 el carácter maléfico y las consecuencias negativas de esta clase de música.

En el libro de Daniel, se nos cuenta como el rey Nabucodonosor utilizaba la música al servicio de la idolatría y la glorificación del hombre (Dn 3, 5).

Amos en Am 6, 5 habla de la música religiosa que no es agradable a Dios. Y en el cap. 5, 23 , el Señor reprende a los que hacen música religiosa sin que su corazón esté consagrado a Él: "Quita de mí lado la multitud de tus canciones, no quiero oír la salmodia de tus arpas".

1.3 Cantar la Biblia.

Hasta hace poco, se ignoraba casi por completo cual era el carácter de la música hebrea. Se suponía que era similar al de otras culturas de la zona: una música monódica, sin armonía. En 1978, Susana Haïk publica el libro "La música de la Biblia revelada" que presenta una serie de sorprendentes descubrimientos sobre el tema. Algunos investigadores habían notado que, además de los puntos que indican la vocales, las Biblias hebreas llevan - por encima y por debajo de las letras- pequeños signos. ¿Qué significan?. ¿Son anotaciones sintácticas, para marcar separación o encadenamiento de palabras, o son anotaciones musicales?.

Estos signos aparecen en los manuscritos más antiguos, como los encontrados a orillas del Mar Muerto. Haïk consiguió descifrar el significado de estos signos. Dice su

libro: "Los signos inferiores son peldaños que constituyen una escala, espaciados según las normas por las que nos regimos hoy en día". La "escala de DO" se corresponde con la escala Babilónica llamada "Lidia" (pág. 48). Los signos superiores son, para Haik "notas añadidas que indican cambios de tono de la melodía" (pág. 52). Dado que la música se ajustaba fielmente al texto y todas las sílabas tenían la misma duración, no hacían falta signos rítmicos.

En una palabra: ¡Se cantaba todo el Antiguo Testamento!. Y gracias a estos símbolos, que pasan casi desapercibidos arriba y debajo de las letras, podemos conocer la melodía con que se cantaban todos los textos bíblicos. Dice Haik que en "esta cantilación bíblica, la música no se distingue con una vida propia, independiente, sino que es puro reflejo del sentido relativo de las palabras, dando al texto una segunda vida, una especie de eco enriquecedor" (pág. 51).

Estos signos son la transposición gráfica de un sistema de gestos muy antiguo: La Quironomía. Este sistema aún se utiliza en muchos países de Europa para enseñar una melodía. Cada tono se corresponde con un gesto. La Biblia hace muchas alusiones a Quironomía. Habla del uso de las dos manos en el período de David; textualmente "según las manos de David" (en algunas traducciones, dicen los autores de Crónicas). En 1Cro.25, 2 y ss se cuenta como una obra de música litúrgica era dirigida sólo con la mano. Son estos gestos los que han sido anotados en las Biblias hebreas. Era suficiente, por tanto, con atribuir a cada gesto una nota, para poder reconstruir la música de todo el Antiguo Testamento.

Además de esta cantilación, en la Biblia hay otros dos tipos de cantos: La salmodia con canto respuesta y el canto antifonal. Un buen modelo del primero lo tenemos en el Salmo 136: el coro se repite en cada versículo y alterna con el relato de las intervenciones del Señor en la vida del pueblo. El canto antifonal se describe en el capítulo 13 de Nehemías, a partir del versículo 8. En el v.24 dice : " Los jefes de los levitas y sus hermanos cantaban himnos de alabanza y de acción de gracias en grupos alternos, según las instrucciones de David".

1.4 Pablo Domingo y Silas Pavarotti.

El Nuevo Testamento contiene únicamente 12 pasajes con indicaciones relativas a la música. Sin embargo, sabemos que la Iglesia primitiva tiene muchos puntos de continuidad con el pueblo de la antigua alianza y, al principio, sus celebraciones fueron similares a las de la sinagoga. Si los hebreos tenían razones para cantar y alabar a Dios, los cristianos tenían aún muchas más.

El Nuevo Testamento comienza con un canto profético de María: "El Magnificat" (Lc 1, 45-55). Según las costumbres del pueblo hebreo, un poema de este tipo debía recitarse cantando.

El nacimiento de Jesús fue anunciado por el más fantástico ministerio de música que jamás se haya oído sobre la tierra: miles de ángeles entonando el Gloria, que después sería cantado por millones de cristianos (Lc 2, 14). Algunos días más tarde, Ana y Simeón desbordaron de alegría cuando vieron a Aquel que el pueblo esperaba desde hacía muchos siglos, y lo saludaron con un himno de alabanza al Salvador (Lc 2, 22-38).

Estos poemas fueron, con toda seguridad, cantados, como lo serán después durante siglos y siglos por los cristianos.

Jesús participó - como cualquier otro israelita en el canto de los salmos de alabanza y penitencia, tanto en la sinagoga como en el Templo. Hay un momento muy especial, tras la Última Cena, narrado en (Mc 14, 26): "Cuando hubieron cantado el salmo, salieron al Monte de los Olivos".

Los primeros cristianos mantuvieron la tradición judía de cantar los salmos. Participaban en el culto del Templo y los cantaban también entre ellos en las casas. El

hábito de cantar y el sentido espiritual del canto debía ser algo verdaderamente arraigado en ellos, cuando en una situación tan apurada como la que vivieron Pablo y Silas en la prisión de Filipos, los cánticos brotaban espontáneamente de su corazón.

La orden de cantar es menos frecuente en el Nuevo Testamento que en el Antiguo Testamento, pero la encontramos en las cartas de San Pablo a los Colosenses (3, 16) y a los Efesios. Esta última carta constituye una especie de testamento espiritual de Pablo a las iglesias de Asia Menor. La segunda parte del capítulo 5 se podría titular "Carta del Apóstol San Pablo a los Ministerios de Música Cristianos". Pablo hace una exhortación fundamental : "¡Llenaos del Espíritu Santo!", seguida de cinco verbos:

- "Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados".
- "Cantad para el Señor desde lo hondo del corazón".
- "Tocad para el Señor desde lo hondo del corazón".
- "Dando gracias siempre y por todo al Dios Padre en el nombre de Jesús".
- "Sometidos los unos a los otros en atención a Cristo".

Esto quiere decir que la plenitud del Espíritu tiene como consecuencias el canto, la alabanza, la acción de gracias y el sometimiento mutuo. Pero, por otra parte, quiere hacernos comprender que cuando cantamos unidos unos a otros, alabando al Señor y dándole gracias por todo, estamos más abiertos a la acción del Espíritu y lo experimentamos en mayor plenitud. O sea que el canto es, a la vez, una característica de la Plenitud del Espíritu y un medio de lograrla. Es como un canal de doble dirección: Por Él recibimos la vida de Dios y por Él expresamos esta vida que está en nuestro interior. Este texto de Efesios es, pues, clave para captar la importancia de la música y el canto en nuestra vida espiritual, especialmente en su aspecto comunitario.

Pablo nos habla de cantar salmos, himnos y cánticos inspirados. Destaca el valor de la diversidad. La Biblia nos transmite ciento cincuenta salmos muy diferentes que se cantaban siguiendo variadas melodías. Durante mucho tiempo, sólo se cantaban estos poemas inspirados por el Espíritu Santo. Pablo, pide que se canten también himnos y cánticos espirituales. Dios no actúa por patrones estereotipados. Toda la creación refleja su amor por la diversidad. Según los tiempos y las circunstancias, tenemos necesidad de diferentes tipos de cantos y de música. Debemos tener esto muy en cuenta en el canto colectivo. La gran ventaja de los salmos es que nos ofrecen un texto del que podemos estar seguros que gusta a Dios, ya que Él mismo lo ha inspirado. A los salmos podemos unir los himnos que aparecen en los libros históricos, en Isaías y Jeremías, en las cartas de San Pablo y en el Apocalipsis. A ellos podríamos añadir todos los cánticos compuestos en el transcurso de los siglos y que constituyen uno de los tesoros más preciosos de la Iglesia.

Los "cánticos inspirados" debían ser improvisaciones espontáneas en base a textos bíblicos o experiencias interiores surgidas en la oración. Si se improvisan las oraciones y los testimonios ¿por qué no permitir la improvisación de los cantos?. Naturalmente procurando integrar a toda la asamblea en esta clase de cantos, evitando todo protagonismo o deseo de lucirse e intentando que la letra esté lo más cercana posible al texto bíblico. "Cantad a Dios con todo el corazón" (Col 3, 16). Dios es el destinatario de nuestros cantos. Poco importa si son cantados en nuestro interior o en voz alta, que gusten o no a los estudiosos de la música. Si alguien canta con todo el corazón sus alabanzas a Dios, está cumpliendo su Palabra.

Y ¿qué nos dice sobre la música el último libro de la Biblia?

En la eternidad, al final de la historia de la humanidad, el canto permanecerá como una de las ocupaciones de los huéspedes del cielo: Los 24 ancianos cantan un canto nuevo en honor del Cordero:

"Tú eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos..." (Ap 5, 9-10)

Los 144.000 redimidos adoran a Dios por medio del canto:

"La victoria es de nuestro Dios que está sentado en el Trono y del Cordero"

Y todos los ángeles adoran a Dios cantando:

"La Alabanza, la Gloria, la Sabiduría, la Acción de Gracias, el Honor, el Poder y la Fuerza..." (Ap 7, 10-12)

Cuando el séptimo ángel toca la trompeta, unas voces poderosas entonan el himno de victoria (Ap 11, 15). Los que habían vencido a la bestia estaban "en pie, sobre el mar de cristal, con las arpas de Dios. Y cantaban el Cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero" (Ap 15, 2-3).

Parafraseando a Pablo en 1Cor 13, 8, podemos decir: La predicación y la Evangelización cesarán en el cielo... pero la música de adoración ¡continuará!

2. EL PODER DE LA MÚSICA UNGIDA POR DIOS

2.1 Música S. XXI.

Uno de los grandes cambios del último medio siglo es el lugar que ha pasado a ocupar la música en la vida de las personas. Antes, la música estaba reservada a algunos momentos muy especiales o a grupos privilegiados. Actualmente, la música está presente en cualquier momento y en cualquier lugar. No podemos escaparnos de ella y, con frecuencia tenemos incluso que soportarla. Podemos escuchar, en pocos días, más música que nuestros antepasados en toda su vida.

Comprenderemos mejor la importancia de la música en la vida actual. Sólo algunos datos: el tiempo medio que cada europeo dedica a la música cada día es de 3-4 horas y llega a las 7 horas en los jóvenes (gracias, entre otras cosas a la generalización del walkman). La música mueve miles de millones. Es uno de los mercados más florecientes y diversificados a escala mundial. Un dato como ejemplo: sólo en Francia, había -en el año 1990- 200 fabricantes de discos.

Es tremendo el impacto que la música tiene sobre nuestra personalidad. Mucho más que otras manifestaciones artísticas la música influye en todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo son permeables al ritmo y a los sonidos. En ciertos grupos de población llega a crear una dependencia física y psicológica semejante a la de las drogas.

Estamos, por tanto, ante una situación totalmente nueva, sin precedentes. Nuestro mundo actual se encuentra envuelto en una atmósfera musical que para algunos se ha convertido en algo tan necesario como el aire que respiran. Los cristianos vivimos en este mundo, no podemos mantenernos al margen. ¿Qué lugar debe ocupar la música en nuestras vidas? ¿Qué nos dice el Señor a través de su Palabra y de nuestra madre la Iglesia sobre todo esto? ¿Qué papel tiene la música en la evangelización y la oración? ¿Qué música y de qué modo?

Ha llegado la hora de que los cristianos comprendamos y valoremos la importancia que la música puede tener, para bien o para mal. Nuestra postura, nuestra actitud en este tema, no es algo intrascendente. Supone servir a la Gloria de Dios o a los planes del Enemigo.

2.2 Un arma cargada de Espíritu Santo.

Yavhé dijo a Josué:

"Mira he puesto en tus manos a Jericó, a su rey a todos sus guerreros. Marchad vosotros alrededor de la ciudad dando una vuelta en torno a ella. Así haréis por seis días: siete sacerdotes llevarán delante del Arca siete trompetas resonantes. Al séptimo

día daréis siete vueltas. Los sacerdotes irán tocando las trompetas. Cuando ellos toquen repetidamente el cuerno potente y oigáis el sonar de las trompetas, todo el pueblo se pondrá a gritar fuertemente y las murallas de la ciudad se derrumbarán". (Josué 6, 2-5)

Yavhé había hablado a su siervo y Josué obedeció. Durante seis días consecutivos, sus hombres habían paseado el Arca en torno a las murallas de la ciudad de Jericó. Al séptimo día emprendieron las siete vueltas finales, tal como les había sido ordenado. Al ser informado de estas maniobras, el rey de Jericó se echó a reír con buen humor y mando un mensaje a Josué en el que se decía: " ¿Crees que vas a derribar mi ciudad con el viento de tus trompetas? "

Los hebreos continuaron caminando alrededor de las murallas. Delante iban los sacerdotes abriendo camino; después seguía el Arca y más atrás iba el ejército hebreo. Mientras, en la ciudad de Jericó los niños se asomaban a las almenas y se divertían escupiendo sobre el Arca e imitando el sonar de las trompetas.

Cuando los hebreos comenzaron la cuarta vuelta, las mujeres de Jericó acudieron a sentarse entre las almenas para ver el espectáculo. Tiraban piedras a los hebreos, se mofaban de ellos y los insultaban.

Al iniciar los hebreos la quinta vuelta, los viejos y los tullidos de Jericó acudieron a verlos y a abuchearlos, mientras dirigían los puños hacia ellos, más burlones que amenazadores. Sus gritos se mezclaban con el claro sonido de las trompetas.

A la sexta vuelta, el rey en persona subió a una torre de granito tan alta que las águilas construían en ella sus nidos, y tan dura que los rayos no podían hacer mella en sus piedras.

El rey, divertido, reía a mandíbula batiente y entre lágrimas de regocijo, gritó: ¡Que buenos músicos son estos hebreos!

A su alrededor reían los Ancianos del Consejo y los oficiales y los nobles...

A la séptima vuelta, las murallas se derrumbaron.

La música ha tenido - y tiene - un papel importante en toda civilización. Es una de las grandes actividades humanas; para muchos, la mas bella. Pero, ante todo y sobre todo la música es un don de Dios. Porque "Todo don perfecto viene de los alto, del Padre de las luces" (Sant 1, 17). Es Dios quien "da cánticos en la noche" (Job 8, 21).

Fue el Señor quien ordenó a Moisés escribir un cántico y enseñárselo a todo el pueblo de Israel (Dt 31, 19 y ss), quien puso en la boca de David un cántico nuevo (Sal 40, 2) y quien inspiró a los salmistas la orden "Cantad al Señor!" que nos repiten en casi 30 ocasiones. En la lista de los dones del Espíritu que edifican la Comunidad (1Cor 14,26), el primero tiene mucho que ver con la música: "cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene un salmo...".

Muchos cristianos nunca han sido conscientes de esto: la música es un precioso don de Dios. Otros no se han atrevido a abrir el regalo, examinarlo y ver para qué lo podían utilizar. Hay algunos que sí valoran este don, pero lo utilizan únicamente para su satisfacción personal... ¿Cómo descubrir el verdadero sentido que Dios quiere dar a la música en nuestra vida y en nuestra fe, tanto en el plano personal como en el comunitario?.

En la Renovación Carismática, el Señor nos regala el don de la música y el canto como un precioso carisma de oración y Evangelización, que construye la comunidad siendo cauce del Amor de Dios y de la alabanza de su Gloria. La música es un gran tesoro que el mismo Dios pone en nuestras manos y que se hace canal; canal maravilloso por donde corre su agua viva. El canto en la Renovación Carismática no es una evasión ni, - por supuesto- una distracción. Y tampoco se puede reducir a un cuestión de gusto, técnica o talento natural. En los grupos carismáticos de oración, el canto nace del Espíritu, manifiesta la gloria de Dios y coopera en la salvación de los hombres.

Cantar en el Espíritu es cantar más con el corazón que con la voz. Es expresar el amor de Dios que "ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado". Es un canto nuevo que surge de hombres y mujeres nuevas, renovados y renovadas por el poder de la Sangre de Jesús, por el poder de su muerte y resurrección. Cantar y tocar para el Señor de este modo supone ser dóciles al Espíritu Santo, entregando a Dios todo el corazón, aceptando vivir y actuar en el Señorío de Cristo.

Cantar a Dios no es ofrecerle nuestro canto, sino ofrecerle nuestro corazón. En el canto Dios manifiesta su poder, y nosotros nos entregamos a El. El canto es así un signo, un puente, una señal de amor entre Dios y nosotros. Dios nos une a El, nos da su Espíritu de Amor, y en El podemos amarnos los unos a los otros. Cantamos desde lo profundo de nuestro ser. Desde ahí dentro, Dios - que habita en nosotros- se une a nuestro Espíritu. Cantamos en la presencia de Dios, ungidos por esta presencia.

Cuando se canta en el Espíritu, Dios se entrega en el canto. Dios actúa con poder, transformándonos. Manifiesta su voluntad, su corrección, su ternura, su consuelo... su Gloria. En la Renovación Carismática, la música no tiene sentido en si misma. La música es oración, ése es su sentido primordial: Don maravilloso de nuestro Dios que primero construye el acueducto y, luego, hace correr por él - hasta los confines de la Tierra- su Agua Viva.

Canto nuevo, música ungida... el carisma de la música y el canto es un don - entre los múltiples y variados que el Señor nos regala- para enriquecer y construir la comunidad. La música tiene pues su papel importante en toda celebración litúrgica o en cualquier reunión de oración. Pero no debemos olvidar qué es lo esencial en una reunión de cristianos: "la enseñanza de los apóstoles, la comunión fraterna, la fracción del pan y las oraciones" (Hch 2, 42). La música es servidora, no dueña; servidora de la Palabra, de la Oración, de la Comunión... no la dejemos usurpar un lugar que no le corresponde. Estemos atentos para rechazar toda idolatría: La música es canal, no fuente.

Dice Teilhard de Chardin que la música nos aporta "el sentimiento de un gran presencia". Podríamos señalar cuatro aspectos en los que este carisma construye, ayuda, sirve a una comunidad orante:

- Nos une en la alabanza y la adoración.
- Nos abre y nos predispone a la escucha.
- Nos facilita a todos la posibilidad de expresar actitudes interiores, experiencias espirituales (a veces mucho mejor que con palabras).
- Nos enseña verdades espirituales y las graba en nuestra mente y nuestro corazón.

Si la música es un don de Dios, ningún cristiano puede despreciarla o desinteresarse de ella. Puesto que este don se compone de distintos elementos, valoremos cada uno de ellos como regalo de nuestro Padre. Los estudiosos señalan hasta diez elementos en la música; nosotros nos conformaremos - por ahora- con pararnos en tres de ellos: Ritmo, Melodía y Armonía.

1. Ritmo

Aceptar el ritmo como un regalo de Dios quiere decir, en primer lugar, aceptar cantos con toda clase de ritmos. Incluso si son nuevos para nosotros. En la creación de Dios no hay uniformidad. Si todos nuestros cantos tienen un ritmo parecido o - lo que es peor- nosotros los cantamos con un ritmo parecido, no estamos reflejando la infinita riqueza de nuestro creador y la variedad de todo lo que sale de su mano.

Una de las dificultades de las personas mayores con los cantos "modernos" es su ritmo. Los cantos "de antes" se componían, en su inmensa mayoría, con blancas, negras y alguna corchea con puntillo. Actualmente se emplean muchos ritmos sincopados, se acentúan los tiempos débiles... y muchos hermanos y hermanas se "despistan" o se cierran considerándose incapaces de aprender y cantar estas "novedades". Sin embargo

son una riqueza dada por el mismo Dios que inspiró otros cantos más tradicionales; si El nos da una mente abierta y un poco de paciencia podemos aprenderlos correctamente y compartir esta riqueza. En el tiempo dedicado a ensayo de cantos, que debe haber antes de una celebración y oración común, acostumbrarnos al ritmo del canto debe ser lo primero, puesto que normalmente es lo más difícil. Para ello, antes de cantar la melodía, podemos marcar el ritmo al mismo tiempo que decimos la letra.

2. Melodía

La inmensa mayoría de nuestras melodías están formadas por solo diez notas. Es Dios quien nos ha dado esta riqueza impresionante de cantos, resultando de las casi infinitas combinaciones hechas con esas diez notas las experiencias, vivencias, intuiciones, profecías, palabras inspiradas de hermanos y hermanas de todo el mundo y de todas las épocas, expresadas a través de la música son un tesoro inmenso que todos podemos compartir.

Para ello es clave entrar en la intimidad de una melodía para poder comprender y, si es posible, vivir lo que el compositor o la compositora querían expresar. Captar el sentimiento o intuición fundamentales de un canto y sus matices, a través de su melodía.

3. Armonía

Ha sido Dios quien ha creado la diversidad de voces: voces masculinas o femeninas, tenores o bajos, sopranos o contraltos. El canto a varias voces es un reflejo del misterio de Dios y de suplan para nosotros como Iglesia: Unidad en la diversidad. Si cada uno y cada una contribuimos al canto colectivo según las características de la voz que el Señor nos ha dado, cantaremos mejor, armoniosamente, sin dañar ni cansar innecesariamente nuestra garganta, y el resultado reflejará mucho mejor la multiforme sabiduría de Dios.

Un "precursor" de la Renovación Carismática, John Wesley, resumía en cinco reglas sus indicaciones en relación a este don del canto (*Obras completas de John Wesley*, vol. 14, pág. 346):

1. Que todos canten.
2. Cantad alegremente y con ánimo.
3. Cantad humildemente, para cantar unidos y en armonía.
4. Cantad al mismo ritmo.
5. Sobre todo: Cantad espiritualmente. Dirigid vuestra mirada a Dios en cada una de las palabras que cantéis. Procurad agrandar a Dios más que a vosotros mismos o que a cualquier otra criatura. Para ello, centraos sólo en lo que estáis cantando y velad para que vuestros corazones no se aparten de El a causa de la música, sino que a través de ella sean constantemente ofrecidos a Dios . ¡Éste es el canto que el Señor aprueba!

Este último punto resumiría también toda la doctrina de los padres de la Iglesia: cantar con el corazón, ésta es la actitud fundamental para cantarle al Señor.

Para San Agustín, "si queremos dar Gloria a Dios, necesitamos ser nosotros mismos los que cantamos, no sea que nuestra vida tenga que atestiguar contra nuestra lengua. Sólo se puede cantar a Dios con el corazón cuando nos hemos rendido a El, esto es, que hemos aceptado su plan de salvación y buscamos su voluntad, tomando en serio su Palabra, cuando lo amamos. Bien se dice que el cantar es propio del que ama; pues la voz del que canta no ha de ser otra que el fervor de Amor".

Por eso agrega San Juan Crisóstomo: "A Dios se le ha de cantar, más que con la voz, con el Espíritu resonando hacia adentro. Así cantamos no a los hombres sino a Dios, que puede oír nuestros corazones y penetrar en los silencios de nuestro espíritu". En expresión de San Jerónimo "el siervo de Cristo cante de tal forma que no se goce en la

voz sino en las palabras que canta". Para ello, dice San Basilio, "que la mente conozca y comprenda el sentido de las palabras cantadas, para que cantes con la lengua y cantes también con tu espíritu".

Y San Ambrosio de Milán entiende que "el canto de la comunidad cristiana es accesible para se entonado por todos, es la voz del pueblo, himno de todas las edades, de todos los sexos, de todas las clases y estados de vida. El canto que los cristiano elevan para expresar su fe en el Señor, todos han de comprenderlo, sentirlo e identificarse con El".

Así pensaban y sentían nuestros hermanos y hermanas de los siglos IV y V... ¿¿¿Y tú???

Nos dice la Palabra "*cada uno, según el don que ha recibido, póngalo al servicio de los otros*" (1Pe 4,10). Si has recibido el don del Señor para la música y el canto, es un talento que Dios te pide que pongas al servicio de tus hermanos y hermanas. El te pedirá cuentas de como los has usado. Si guardas su don, si lo entierras en lugar de hacerlo fructificar, sufrirás los reproches que el Señor dirige al siervo infiel. Y para utilizar correctamente este don que me ha sido confiado, no debo subestimar y sobrestimar, sino aceptarlo. Conocerlo, valorarlo y dejar que el Señor lo haga crecer. Acoger con humildad su don: "*Que nadie se tenga por mas de lo que conviene, sino que cada uno se tenga por lo que se debe tener, conforme a la medida de la fe que Dios otorgó a cada uno*" (Rom.12, 3).

2.3 M. D. M.

"El maestro Reichel dirigía el ensayo de su conjunto vocal preparando la ejecución "El Mesías" de Händel. El coro acababa de llegar al lugar donde la soprano entona: "Yo sé que mi Redentor Vive". Cuando ella hubo terminado, las miradas se dirigieron hacia Reichel, esperando que expresara su satisfacción. En lugar de esto, se acercó a la cantante y le dijo:

- *Hija mía, ¿verdaderamente sabe usted que su Redentor vive?*

- *Si - contestó ella- .*

- *Entonces, ¡cántelo!. Dígalo de tal manera que todos los que la oigan comprendan que usted conoce el gozo y la fuerza de la Resurrección de Cristo.*

Entonces Reichel ordenó a la orquesta que volviese a empezar. La solista cantó como si fuese la primera vez que hubiera experimentado el poder de la Resurrección. A todos los que la oyeron les costaba contener la emoción. El maestro, con los ojos llenos de lágrimas, se acercó a ella y le dijo:

- *"Ahora estoy seguro de que usted sabe que su Redentor vive ... su canto me lo ha dicho".*

El mismo y único Espíritu Santo da a algunos el don de servir a la comunidad en la música y los cantos (1Cor 12,11). En función de éste servicio, con los diversos carismas que el Señor regala para ello, se forma el Ministerio de Música; teniendo en cuenta más aún que el buen oído, la voz sonora y la formación musical, la sensibilidad y docilidad al Espíritu; más que la destreza técnica, la humildad, la unción, la entrega al Señor.

Cómo todo ministerio, el M.D.M. es un instrumento de Dios para edificar la comunidad. Por eso debe ser discernido, cuidado y pastoreado. Los hermanos y hermanas que forman un M.D.M. son personas que:

- Se han encontrado con Dios.

- Se ha convertido a Él.

- Frecuentan los Sacramentos.

- Conocen, leen y escuchan la Palabra de Dios.

- Dan testimonio con su vida, en una relación con Dios a través de la oración y en relaciones fraternas con los demás.

- Son y se sienten Iglesia, unidos a sus Pastores y en conformidad con su doctrina.
- Han sido llamadas por el Señor a servirle en este ministerio.

Todas estas condiciones son necesarias, aunque algunas -aparentemente- nada tengan que ver con la música. No es preciso, sin embargo, ser joven, tener una gran voz, saber tocar la guitarra.... Todas estas cosas, buenas o indiferentes de por sí, no cualifican necesariamente para formar parte de un M.D.M. Lo fundamental, como en toda vocación, en todo servicio al Señor, es su llamada y mi respuesta. Hay personas a las que Dios llama a este servicio y se resisten a ello. Por miedo a comprometerse, no crecen espiritualmente, sin conocer ni cumplir el plan de Dios para su vida de servicio a la comunidad.

La vivencia espiritual de un M.D.M. es la que lo hará capaz de transmitir el mensaje de Dios con poder y, a su vez, manifestarle a Dios los sentimientos de su pueblo, siempre movidos por el Espíritu Santo. Todo ministerio es como una pequeña comunidad. Y así debe crecer: como una pequeña comunidad que canta y hace cantar a la Iglesia de Dios. Una comunidad unida que edifica la unidad del cuerpo de Cristo. Los hermanos y hermanas de un M.D.M. desarrollan, por tanto, un mutuo ministerio, animándose y exhortándose, apoyándose y consolándose los unos a los otros, de modo que el ministerio se convierta en un lugar de comunión dentro de la comunidad eclesial.

Un hermano mejicano, David Pimentel, compara al M.D.M con un puente:

- Un buen puente: Sería un medio de unión, de acercamiento y de comunicación de Dios al hombre y del hombre a Dios. Cuando un puente funciona como debe, los pasos del hombre son más seguros. Cuando un ministerio de música funciona bien, la asamblea camina con más seguridad.

- Un mal puente: Es el caso del hombre que construye su casa (servicio) sobre arena (Lc 6, 48-49). Este servicio se torna débil e incluso peligroso. El ministerio no proyecta a Dios: se proyecta a sí mismo. El pueblo no llega a Dios tan fácilmente, se queda en el puente, porque le faltan piezas tan fundamentales como humildad, sometimiento, discernimiento, oración, vida sacramental, vida eclesial

- No hay puente (no hay ministerio): El hombre sí puede entrar en comunicación con Dios sin la ayuda de la música y del canto, pero el camino de la asamblea es más laborioso y difícil al no utilizar este puente tan accesible.

El mensaje que un M.D.M. da, tanto a los cristianos como a "los de fuera", depende, en gran parte, de su expresividad, es decir, de la manera en la que sus miembros manifiestan su autenticidad de oración y de vida, en como viven el canto y lo expresan con su cara, sus gestos, con toda su actitud corporal. Un M. D. M. tiene que transmitir la Verdad. Por ello, cada nuevo canto ha de ser meditado. hecho de cada uno, orado para luego ser cantado por todos con plena convicción.

Un punto fundamental es velar por la unidad interior del M. D. M. . La verdadera unidad, la comunión profunda, no es automática. Es un regalo de Dios que debe ser preservado contra los ataques del Enemigo. No hay nada más natural - o sea, propio de nuestra naturaleza pecadora- que las rivalidades, los celos, los resentimientos que surgen porque no hemos sido valorados como nos merecemos, porque nuestra opinión no ha sido tenida en cuenta , porque no se consideran nuestros dones y cualidades... Después se canta como si nada hubiera pasado, como si formásemos el ministerio más unido del mundo. Pero la corriente de Gracia no pasa. El Espíritu Santo no puede usar libremente un ministerio de música si hay barreras entre las personas que lo forman. Llegado el caso, si hay un conflicto latente que no ha sido resuelto, es mejor dedicarse a orar en lugar de ensayar, cantar y tocar. Cuando hayamos confesado nuestros fallos, pedido perdón y perdonado, recuperando la comunión en Jesús, cantaremos y tocaremos con verdadero gozo en el Espíritu Santo, Espíritu de Amor, de Unidad y de Perdón.

La riqueza de este Espíritu es infinita. El es el siempre nuevo, el que "hace nuevas todas las cosas". Sus manifestaciones son multiformes, sorprendentes, y no las podemos reducir a nuestros esquemas y clasificaciones. Podríamos hablar de un don de música en sentido general, como el don de experimentar y transmitir por medio de; canto y la música la acción de; Espíritu. Pero si profundizamos más, vemos que Aquel que es Señor y dador de Vida capacita a un M.D.M. con herramientas muy variadas, todas necesarias y complementarias. Unas son cualidades o facultades naturales potenciadas y transformadas por su acción, y otras son... toda una sorpresa. Por eso es mejor hablar - en plural- de dones para la música y el canto.

"Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu" (1ª Cor 12, 4).

"A cada uno se le da la manifestación de; Espíritu para el bien común" (1ª Cor 12, 7).

"Si el cuerpo fuera un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?" (1ª Cor 12, 19)

A cada miembro de un M.D.M. se le da la manifestación del Espíritu para el bien común. Y así, por obra de; mismo y único Espíritu, uno recibe el don de exhortar y animar; otro el don de profecía y palabra inspirada a través de; canto. Éste recibe el don de discernir; aquél el de interceder. A unos, este mismo Espíritu les da don de salmodiar y cantar bajo su inspiración. Otro recibe del Espíritu el don de dirigir. El que discierne no puede decir al que salmodia: No te necesito. El que dirige no puede decir al que profetiza a través del canto : No me haces falta.

Un M.D.M. no es un coro que se valore por el número de voces, ni un conjunto musical que se mida por la variedad de sus instrumentos. Son los carismas los que marcan la diferencia: Estas herramientas santas que Dios pone en nuestras manos (débiles y pecadoras) son con lo que verdaderamente el Señor "construye la casa" y "guarda la ciudad".

La música y el canto están al servicio de la oración. El M.D.M. está al servicio del cuerpo, de la comunidad y, por tanto, unido a la cabeza y sometido a aquellos que el Señor ha puesto como pastores. El M.D.M. está siempre bajo la autoridad de quien lleva la oración de la asamblea. Y desde esa unidad con los que dirigen, guía a la comunidad con el canto. De ahí la importancia de que M.D.M y dirigentes oren juntos antes, de que los responsables ejerzan sin temor su ministerio y de que el M.D.M. obedezca con amor.

Para que un M.D.M. pueda ser canal de; Espíritu tiene que estar desatascado y limpio. Cada uno de sus miembros tiene que llevar una vida digna del llamamiento que ha recibido. Vida de oración diaria, de lectura de la Palabra, de Eucaristía y Reconciliación... ¡Vivir en la Gracia de Dios para ser canales que la dejen correr!. Es, por tanto, fundamental, que todo M.D.M. ore antes de servir; y esta oración debe de ser conforme al servicio que se va a prestar. Orar con corazón contrito y humillado, sometiendo al Señorío de Jesús todo pecado, herida, problema o división. Adorar y entregarse: dejar a Dios ser Dios. Y siempre habrá alguien sosteniendo - en la sombra esta oración: María.

La Iglesia debe orar para que Dios conceda sus dones para la música y el canto y suscite muchos M.D.M. dispuestos a servirle más. Si el Señor nos regala Ministerios /de Música ungidos no es para que el resto de la asamblea se calle. La música es algo de todos; nada puede sustituir al canto en común. Mientras toda esta renovación de la música y el canto - por muchas y buenas que sean sus aportaciones y novedades se quede al margen de la vida normal de los grupos y comunidades, de asambleas y celebraciones, no conseguirá su verdadero propósito. El propósito de Dios es siempre el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, su edificación y su expresión. Sólo el Cuerpo de Cristo da sentido a un M.D.M.. Un cuerpo resucitado que cantará el cántico nuevo delante del trono y del Cordero (Ap 5, 8).

2.4 Grito de guerra.

"Hijos de Dios, aclamad al Señor, aclamad la Gloria y el poder del Señor, aclamad la Gloria del Nombre del Señor" (Sal 28)

"Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas. Tocad para Dios, tocad; tocad para nuestro Rey; tocad porque Dios es el Rey del mundo. Tocad con maestría". (Sal 46)

Israel era el pueblo de Dios. De forma natural, los israelitas cantaban para el Señor y el primer objetivo de su música era aclamarlo y glorificarlo. De las más de quinientas citas en las que se menciona la música en el Antiguo Testamento, nueve de cada diez se refieren a cantar o tocar para Dios dándole Gloria.

Y el Señor se atreve a decir: " ¡Dichoso el pueblo que la aclamación conoce!" .¿Formas tú parte de ése pueblo dichoso?, .¿Conoces la aclamación?¿Por qué "cantamos" en lugar de "decirle" a Dios nuestros sentimientos de regocijo y agradecimiento? Cuando hablo, esencialmente es mi inteligencia la que funciona. Con mi razón puedo identificarme con las palabras de un salmo, e incluso repetirlas, porque reflejan mi forma de pensar. Pero cuando las canto, una parte más profunda de mi personalidad entra en juego: mis sentimientos, mi cuerpo, todo mi ser... se involucra en la aclamación a Dios. La música subraya cada una de las palabras, las amplifica, las graba en nuestros corazones y mueve nuestras zonas más profundas, impulsándolas hacia Dios. La música moviliza tanto nuestro subconsciente como nuestro cuerpo.

Si un cristiano nunca tiene deseos de cantar, ni siquiera "en su corazón" ,¿no es esto una señal de que algo no va bien en su vida? Pablo señala el canto como una primera manifestación de la plenitud de; Espíritu y, al mismo tiempo, como un medio para aumentar esa llenumbre de Dios (Ef 5, 1 9). Decía Jesús: "De la abundancia del corazón habla la boca" (Mt. 12,34). Si no tenemos nunca un canto en nuestra boca, es que hay un vacío en el corazón. De lo contrario, ¿cómo no aclamar a nuestro Dios, cómo no gritarle alguna vez la alegría que sentimos al pertenecerle?. Si hay cantos en abundancia, cantar a Dios tiene una facultad maravillosa de llenar aún más nuestro corazón. En palabras de S. Agustín: "cuando seguimos a Dios, no hay lugar para las palabras; sólo para los Aleluyas"

"¡Aclamad, justos al Señor!" (Sal 32) - en otras traducciones "¡Gritad de júbilo, justos, al Señor!"-. ¿Qué es "aclamar"?

Ayer jugaron el Zaragoza y el Arsenal la Recopa de Europa. El partido era en París, en el Parque de los Príncipes. El estadio estaba repleto de hinchas de uno y otro equipo, venidos de Inglaterra y España. Hasta la mitad del segundo tiempo no hubo goles. Entonces marcó el Zaragoza y, al poco, empató el Arsenal. Prórroga de media hora. En el minuto 29 de la prórroga, con el portero de; equipo inglés un poco adelantado, un delantero del Zaragoza tira desde medio campo un tiro bombeado: ¡Gooooo!. La victoria había llegado. ¿Podéis imaginar como aclamaban a su equipo los 15.000 españoles presentes en el estadio?. ¿Y en sus casas los millones de personas que veían el partido por T.V.? Hoy, técnicos y jugadores han llegado a Zaragoza y han sido" aclamados por 15.000 personas. Ha habido vivas, gritos y aplausos durante media hora ininterrumpida. Si se aclama así a los hombres, ¿cómo hemos de aclamar a Dios?. ¿Veis como reaccionan, como actúan los hinchas de un equipo ante la fugaz victoria de sus ídolos, de sus pequeños dioses?.

La victoria de Jesucristo, único Dios vivo y verdadero, debe ser aclamada más que todas las victorias de los hombres. Así nos lo dice la Palabra:"Pueblos todos : ¡ batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo! ""¡Tocad la mejor música de aclamación !" (Sal 33,2).En medio de nosotros, el Señor también juega un partido definitivo. Sabemos quién es su enemigo. Y conocemos de quién es la victoria. El triunfador, el goleador victorioso, ¡es el Cordero degollado!.

Nuestras asambleas, todas nuestras reuniones - seamos cinco, cincuenta o cinco mil harán bien en asemejarse más a un estadio de fútbol donde se juega la final. En realidad, es bien sencillo; sólo hemos de alterar el orden de las letras en la palabra y, en lugar de ¡ G - O - L ! , gritar ¡ G - L - O - R - I - A ! con entusiasmo desbordante, con todo el ser, a pleno pulmón-corazón-estómago-brazos y piernas ... ¡hasta que se caigan los techos!. Y con los techos, nuestras barreras: indiferencia, orgullo, complejos, apariencias e intelectualismos.

Que nadie crea que esto son modernidades carismáticas. La aclamación al Señor era una realidad constante en las celebraciones del pueblo de Israel. Con toda normalidad, el Señor era aclamado cómo "Héroe Victorioso". El Salmo 28, después de exhortar a los hijos de Dios a aclamar su gloria y su poder, nos describe la respuesta del pueblo : "En su templo un grito unánime : ¡GLORIA!". Dice "TEMPLO", no estadio o cancha de baloncesto.

Hemos de reforzar estructuras y techumbres de nuestras Iglesias y oratorios... a fin de que resistan las vibraciones y estruendos que han de venir. Ente nosotros, los católicos, la aclamación ha quedado "normalizada" o reducida a fórmulas como el "amén" o el "aleluya". Aunque en realidad son gritos de júbilo, la manera de entonarlas en muchas asambleas las convierte en un eco apagado. En relación a esto afirma Max Thurian, teólogo católico de Taizé : " Estas aclamaciones sencillas deben ser el estallido de la espontaneidad del Espíritu que habla en la Iglesia".

La aclamación entra plenamente dentro de la tradición cristiana. San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Magno... etc, nos hablan de ella. Viajemos con Agustín hasta Hipona, siglo V, y veamos. El hijo de Santa Mónica nos cuenta - en latín- cómo dos hermanos enfermos, un hombre y una mujer, habían acudido a Hipona a pedir oración por su salud. El hombre obtuvo la sanación y dio el correspondiente testimonio. San Agustín comenzó entonces a hablar, explicando a la asamblea como Dios puede sanar si todos unidos intercedemos por alguien, cuando un tumulto interrumpió sus palabras. Gritos gozosos resonaban por el templo: ¡Gracias a Dios, alabanzas a Cristo!. Y es que, mientras el obispo predicaba, la mujer también había sido sanada. Y el texto termina: "ALIQVANDIU CLAMOREM PROTRAXIT", o sea que por un tiempo el clamor siguió oyéndose. Hay una cierta semejanza con la final del Zaragoza. Pero es mucho mayor su parecido con lo que, actualmente, sucede en los grupos carismáticos.

La Iglesia, nuevo Israel, debe aclamar a Yavhé con gritos de júbilo e invitar a todos los pueblos a dar palmas en su honor. Igual que el antiguo pueblo de Dios, debe invocar el Nombre del Señor, lanzando el grito de guerra con que el pueblo escogido te imploraba su protección en las batallas. Hemos de aclamar a Aquel que "marcha delante de nuestras tropas ". Aquel que nos ha sacado de la esclavitud del opresor. Aquel que ha trabado en el mar carros y caballos, y que ha sido levantado por el Padre de entre los muertos y hecho Señor del Universo.

En palabras de Diego Jaramillo: "Cuando el cristiano contempla la Resurrección de Jesucristo, se siente llevado por el Espíritu a reconocer su Señorío y a expresar su admiración en palabras, en cantos, en risas, en sílabas entrecortadas, en aplausos, en gritos, en silencios, en lágrimas... según Dios da a cada uno. Lo básico no es lo que se dice, sino el amor y la adoración que brotan del corazón":

Las únicas palabras que pronuncia el Pastor, el amigo de la sulamita, que podría representar a Dios en el Cantar de los Cantares, son : "Mis compañeros escuchan, ¡Hazme oír tu voz!" (Cant 8, 13) Dios mismo invita a la Iglesia a aclamarlo. Los compañeros que escuchan son los ángeles que rodean a Jesucristo, sentado a la derecha del Padre, que participan de nuestra aclamación y son especialmente sensibles a ella. Si hemos de

aclamar al Señor - con sus ángeles y sus santos - por toda una eternidad, ¿por qué no empezar a practicar ya ahora?.

2.5 Eliseo, "el enterao".

"Josafat, rey de Judá, dijo: ¿No hay aquí algún profeta de Yahveh para que consultemos a Yahveh por su medio?. Respondió uno de los servidores del rey de Israel y dijo: "Está aquí Eliseo, hijo de Safat, el que vertía el agua en manos de Elías". Dijo Josafat : "Con el está la palabra del Señor', Y bajaron donde él el rey de Israel, el rey de Edón y Josafat. Dijo Eliseo: Traedme, pues, un tañedor de arpa. Y sucedió que, mientras tocaba el tañedor, vino sobre él la mano de Yahveh" (2ªRe 3,11-15).

La música no ocupa el lugar que le corresponde ni en las celebraciones ni en la vida de la Iglesia fundamentalmente por una razón: falta verdadero discernimiento espiritual. Todas las personas que han sido puestas por el Señor para pastorear en su nombre, tienen una misión muy concreta: conocer los caminos del Espíritu, en cada momento y situación, y guiarnos por ellos. A esto se le llama visión. Los obispos, los párrocos, los superiores, los dirigentes de un grupo o comunidad, los miembros de una coordinadora regional o nacional, han de ser - ante todo - hombres y mujeres de visión.

Para ser hombres y mujeres de visión se necesita, en primer lugar, que el Señor regale el don de discernimiento. Además tenemos que conocer la acción del Espíritu a través de los carismas. Esto significa formación -por un lado- y conocimiento espiritual y experiencia pastoral -por otro -. Pues bien, hermano/a responsable, ¿tienes formación suficiente sobre el ministerio de música? ¿tienes, como Eliseo, conocimiento espiritual y experiencia pastoral en éste ámbito?. Nunca se nos ha enseñado el valor de la música en la Biblia, ni tampoco su función en la vida del cristiano y en la vida de la Iglesia. Normalmente, los responsables - que tienen otras muchas cosas importantes de las que ocuparse - no ven por qué razón deberían perder su tiempo en una cosa tan accesoria como la música.

Desde la perspectiva de la palabra de Dios y de la Tradición de la Iglesia debemos cambiar nuestros esquemas, desterrar muchas concepciones falsas y empezar a conocer lo que verdaderamente es y no es la música ungida por el Espíritu Santo.

A El canto y la música no son tapagujeros ni elementos de animación. Son oración, puente, manifestación de Dios.

B No es cierta la igualdad música = jóvenes. Los dones para la música y el canto son dones del Espíritu, que los derrama "sobre toda carne". Dios da lo que quiere, a quien quiere y como quiere.

C Tocar instrumentos, tener buena voz o saber música no significan más que una predisposición. No cualifican de por sí para este ministerio. Como en cualquier otro ministerio, lo fundamental es la llamada del Señor y nuestra respuesta de conversión y entrega. La unción no es un elemento estético sino espiritual. No puede aprenderse en ningún conservatorio. Los que cantan y tocan para el Señor, deben -primero- escucharlo mucho, adorarlo en su Cuerpo y su Sangre, ayunar y vivir en humildad.

D La música no debe ser el rótulo luminoso de una oración o el fuego de artificio de una liturgia, sino el abono que poco a poco va aumentando el fruto de la comunidad. Igual que todo don o carisma, no es plenamente verdadero hasta que no es humillado y purificado. Por ello, es inútil - cuando no peligroso consentir y mimar a los "músicos" y "cantantes" para que no se vayan de la Iglesia o del grupo. El sometimiento es la clave del crecimiento.

E El canto es algo consagrado a Dios. Podemos -a menudo lo hacemos- profanar un canto. ¿Cómo? Cantando al Señor por el simple placer de cantar, por desahogarnos, cantando mecánicamente, sin pensar en la letra... es decir cantando un canto a Dios como un canto profano. Algunas personas incluso, son capaces de charlar con las de al

lado mientras la asamblea canta. ¿Se atreverían a hacerlo cuando alguien está orando?. Los cantos son oraciones cantadas, palabras realzadas por una melodía. A fuerza de cantarlos muchas veces pueden perder poco a poco su significado. Por eso es bueno, en ocasiones, no cantar.- escuchar e interiorizar el texto en silencio, revivirlo.

F "La Palabra hecha canto nos da la capacidad de retener las verdades santas" (S. Agustín). Toda la inspiración melódica cristiana - inspiración del Espíritu Santo - se pone al servicio de la Palabra. Y cantando con la unción del Espíritu un texto del Evangelio, un himno de San Pablo, un Salmo o un cántico de Isaías, el Señor actúa con poder y su Palabra hace lo que dice: convierte, libera, transforma, sana. La música pone alas a la Palabra y se convierte en un arma de luz y verdad que vence toda tiniebla.

Mediante la palabra hecha canto, el poder del Espíritu Santo se abre camino para actuar en el corazón que le necesita y le busca. Así se refuerza el poder evangelizador de la palabra. Y el canto, como dice S. Agustín "se vuelve instrumento de justicia, vínculo de corazones, reunión de almas divididas, reconciliación de discordias, calma de los resentimientos e himno de la concordia".

G La música y el canto actúan como lo que podríamos llamar un "catalizador espiritual". En química, un catalizador es una sustancia en presencia de la cual otras reaccionan, es decir, se combinan con mayor facilidad y rapidez. De modo semejante, la música ungida por el Espíritu potencia otras manifestaciones del mismo y único Espíritu, como la profecía, la palabra inspirada, la sanación o la curación interior. Unas veces el canto prepara, limpia, crea un silencio profundo en la asamblea para que el Señor pueda ser escuchado - otras es el mismo canto el que contiene el mensaje profético, la - Palabra del Señor. El canto también es usado por el Señor para tocar nuestros corazones, para derramar su amor en heridas que, a veces, ni siquiera conocemos pero que nos atenazan interiormente. Y así el Espíritu entra en lo más profundo de nosotros y nos sana interiormente, utilizando la música para llevarnos a la conversión, la reconciliación, a la paz.

Quién no haya vivido todo esto no podrá apreciar como es debido los dones y carismas del espíritu. Sólo cuando se tiene experiencia del modo como el Espíritu Santo actúa en muchas ocasiones, se puede empezar a reconocerlo y apreciarlo. Domingo Bertrand, jesuita francés, dice: "El Espíritu Santo es desconcertante. Tan desconcertante que quien no se haya desconcertado frente a su acción, es porque no lo conoce".

Los pastores, los responsables, deben conocer y discernir la acción del Espíritu y de todas sus manifestaciones carismáticas, De modo que en la comunidad "cada cual ponga al servicio de los demás el carisma que ha recibido" (1ª Pe 4,1)¿. De lo contrario, como dice Monseñor Uribe Jaramillo, "La Iglesia estará sentada y pobre sobre una riquísima mina de carismas que desconoce por completo. Y si en una iglesia o comunidad sólo actuamos los dirigentes y no todos los miembros, habrá que preguntarse seriamente si, al renunciar a los carismas, no se ha renunciado también al Espíritu".

H En cada comunidad o grupo de oración ha de haber hermanos y hermanas que sirvan a los demás a través de la música y el canto. Para ello no es estrictamente necesario que toquen la guitarra o sepan música. Sí es necesario que hayan recibido del Señor el don y, con docilidad, lo pongan a funcionar. Para que este don crezca y madure ha de ser pastoreado. Por eso el ministerio de música ha de tener un responsable. Si este responsable es profundo en su relación personal con Dios transmitirá al ministerio la visión del Señor y, sometido a los dirigentes, crecerá y hará crecer a sus hermanos en humildad y servicio. Aprenderá a no apagar el Espíritu, siendo instrumento de El.

I "El canto que los cristianos elevan para expresar su fe en el Señor todos han de comprenderlo, sentirlo y ser capaces de aprenderlo, identificándose con él. El canto se convierte en símbolo de la Iglesia porque todos participan en él y este símbolo de unidad

debe cuidarse prioritariamente a otras cosas. Si se convierte en motivo de la más sutil división, puede perder su fuerza como testimonio de fe y de amor" (S. Juan Crisóstomo).

El don supremo es el amor. Y todo don es para la unidad del cuerpo de Cristo. La música y el canto son servidores y constructores de unidad o no son nada. Es una gran responsabilidad de los pastores velar porque " todo sirva para la edificación". El ministerio de música está al servicio de la asamblea ; guía a la asamblea con el canto. Pero si la asamblea no canta, si no, se mete en el río de la música y se empapa bien, el ministerio no está cumpliendo su función. Como todo ministerio, ha de morir para dar vida. Evitemos dar privilegios a un determinado estilo de música. Si somos capaces de alternar y armonizar lo "clásico" con lo "moderno", los distintos miembros de la asamblea podrán expresarse e integrarse mejor en el canto. Sin que se den cuenta, irán ampliando sus horizontes, su sensibilidad musical. Y empezarán a apreciar lo bueno, lo "tocado por el Espíritu", independientemente de que sea nuevo o antiguo. En este sentido, el responsable de la música se parece al padre de familia del cual nos había Jesús "que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas". (Mt 13,52).

J En toda reunión de oración ha de existir un equilibrio entre la palabra, el canto y el silencio. De este último dice Fernando Palacios, un gran pedagogo musical: "En música, él es el rey; todos acatan su ley". Es verdad, el silencio da sentido y valor al canto y a la palabra. El silencio es, por un lado, un momento específico de la celebración. Pero, por otro, es también una cualidad de la celebración, una realidad espiritual en donde la - palabra y la música encuentran un ambiente propicio y eficaz. Dice L. Deiss: "El silencio no hace ni crea una celebración litúrgica. Los cristianos no nos reunimos para saborear juntos un silencio comunitario logrado a la perfección. Sin embargo, toda celebración debe dar lugar al silencio y se trata de un elemento de primera importancia".

De la misma manera que el silencio marca el ritmo de la música y hace brotar un nuevo movimiento, así en la oración comunitaria el silencio es como un regulador que aparece como fruto de la palabra y el canto. Un silencio ha de valorarse más por su intensidad que por su duración.

¡Cuidado, pues, con usar el canto como una respiración asistida, como un *llenasilencios!*. Avivar artificialmente una asamblea a la que el Señor llama a la escucha, es una decisión equivocada, guiada por inclinaciones humanas, no por verdadero discernimiento espiritual. Hay momentos en los que el canto sí debe irrumpir con decisión en un grupo centrado en sí mismo o disperso, para disparar y sostener la alabanza. Hay momentos de verdadera exultación, de aclamar, gritar al Señor, bailar para Él... Y la música ha de estar ahí "hasta que se caigan los techos" (V. Borragnán). Pero hay otros momentos en los que guitarras y voces deben callar. La música prepara el silencio en el que Dios habla y actúa. Y toca escuchar, imitando a Aquella que "guardaba todo y lo meditaba en su corazón".

Quienes han recibido de Dios el encargo de pastorear a otros no deben permanecer en la ignorancia o la verdad a medias, A ellos, antes que a nadie, les dice S. Pablo -. "No quiero hermanos que ignoréis lo tocante a los dones espirituales" (1ªCor 12, 1). Refiriéndonos a la música y el canto, podemos decir que la variedad de dones y la abundancia con que el Espíritu Santo los está comunicando en todas partes, nos muestra que son importantes para el crecimiento de la Iglesia y que no podemos mirarlos con indiferencia. Necesitamos conocer su significado y sus fines, para no caer en exageraciones y saber usarlos y discernir su autenticidad.

El Señor nos ha hecho "colaboradores suyos" (1ª Cor 3,9). Como dice Monseñor Uribe Jaramillo. "Dios salva en la Iglesia y por la Iglesia. Como instrumentos tenemos que aportar algo, y en la medida que nos capacitemos mayor será nuestra colaboración con Dios. Esto nos debe servir para recibir los carismas con gratitud, pero también para ver

cómo respondemos con el fin de que crezca su eficacia en nosotros... El plan de Dios es que todo crezca en nosotros. Cuando termina el crecimiento, empieza a obrar la muerte. También los carismas deben crecer mediante nuestra colaboración. Un carisma es siempre perfecto en sí, pero su mayor o menor manifestación depende de nuestra correspondencia".

Y una última cosa, querido *Eliseo* (o *Elisea*). Te sonará -quizá- a juego infantil Pero te pedimos: ¡ábrete al Señor, ábrete a la novedad del Espíritu!. Ya que la música es un don de Dios, ¿por qué reservar a unos pocos privilegiados el improvisar y componer cantos para el Señor.?. No se trata de componer cantos para otros, sino, en primer lugar, de cantar en tu corazón para Dios y después -¿por qué no?- a pleno pulmón en medio del campo o mientras vas conduciendo.

Todos podemos improvisar una melodía para ofrecérsela a Dios. Empieza partiendo de como te encuentres, del sentimiento que tengas : admiración, gozo tristeza, alabanza, angustia, paz... Expresar un sentimiento lo potencia, lo afina. En algunas ocasiones, al expresarlo nos liberamos de ese sentimiento. Toma como modelo a los salmistas, que decían a Dios todo lo que les agitaba interiormente. Tanto si era la amargura, como la rebeldía o incomprensión, se liberaban de ellas cuando las expresaban. ¡Déjate llevar por esta necesidad de expresarlo y encuentra en ti mismo las notas que mejor correspondan a lo que llena tu corazón!.

Si desafinas, no te preocupes. Tampoco si la canción tiene reminiscencias de otras melodías: estás cantando en comunión con la Iglesia Universal. No importa que lo que acabas de cantar pronto se te olvide: Dios no lo olvidará nunca; El lo ha registrado. Todo esto se va desarrollando y cultivando Si superas la primera duda y dejas que tu corazón se lance a cantar, irás descubriendo como - en muchos momentos - la música puede expresar lo que hay en tu interior. En la libertad del Espíritu... ¡al corazón de Dios!.

2.6 Se va el Diablo con dolor de panza.

¡Aclamad a Dios con tambores, elevad cantos al Señor con cítaras, ofrecedle los acordes de un salmo de alabanza!" (Jdt 16,2)

"Entonaron un cántico nuevo"(Ap 5, 9)

Francisco de Asís dice: "¡Que toda nuestra vida sea siempre una canción!". Y canta, salta y baila para Dios, proclamando ¡"El sentido de la vida es cantarte y alabarte!". Lo mismo Ignacio de Loyola. Para él, el principio y fundamento de toda acción de un cristiano, de toda actividad espiritual, de cualquier discernimiento, es alabar, bendecir y rendir homenaje al Señor. La música cristiana tiene un único sentido: ser A-LA-BANZA de la Gloria de Dios.

Dios nos dice que hemos sido creados para su alabanza y que el pueblo que El ha formado proclamará sus alabanzas (Is 43, 7. Is 43, 21. Efe 1. 1-14). Alabar es lo que haremos durante toda la eternidad (Ap.5, 9-13). Dice Alfred Hüen, teólogo y musicólogo evangélico: "La música es el único arte que se practicará en el Cielo. Pero no tenemos necesidad de esperar al más allá: aquí y ahora, la Iglesia anticipa su vocación futura y eterna cantando alabanzas a Dios. ¡Que el Señor nos enseñe a cantar sus alabanzas sobre la tierra hasta que las cantemos en el Cielo!".

El canto implica a todo nuestro ser (Espíritu, Alma y Cuerpo) en la alabanza. Es un medio excepcional para desconectarnos de nuestro propio mundo (nuestros pensamientos y preocupaciones) y centrarnos sólo en el Señor. Con frecuencia somos egocéntricos incluso en nuestras oraciones; volvemos a lo nuestro una y otra vez. El verdadero canto de alabanza dirige nuestra atención sólo hacia Dios,- a condición, claro, de que vivamos el canto, de que cantemos con toda la mente y todo el corazón.

En Pentecostés los Apóstoles "proclamaban las maravillas de Dios"(Hech 2,11) magnificaban a Dios, o sea hacían grande su nombre, como María en su canto. Llena del

Espíritu Santo, la primitiva Iglesia prorrumpía en himnos y cánticos inspirados. Como dice Fray Luis de Granada. "Fue tan grande la claridad y el amor, y la suavidad y el conocimiento que allí recibieron de Dios, que no se pudieron contener sin decir a grandes voces las grandezas y maravillas de Él. Parece que, si en aquel momento no dieran estas voces, que reventaran y se hicieran pedazos como las tinajas nuevas cuando hierven con el nuevo mosto".

Este cantar alabanzas a Dios y proclamar su gloria que comienza en Pentecostés, es "heredado" por la liturgia de la Iglesia, conservado especialmente en sus doxologías y es sólo un anticipo de lo que ya vive la Iglesia triunfante (Ap. 14,3).

Alabar a Dios es más una actividad del corazón que de los labios. Las palabras que utilizamos para alabar al Señor en realidad son parecidas a las que se usan en los anuncios publicitarios: "Bueno, excelente, maravilloso, extraordinario...". Y es que las palabras que podemos pronunciar los hombres no son nada ante la inmensidad del Creador. Cualquier lenguaje humano es incapaz de expresar al Dios infinito: "no sabemos qué es, sólo afirmamos que Es" (Diego Jaramillo).

San Gregorio Nacianceno nos muestra cuál es la esencia, la raíz espiritual de todo canto de alabanza:

Oh Tú, "el más allá de todo".
¿Cómo llamarte con otro nombre?
¿Qué himno te puede cantar?
Ninguna palabra te expresa.
¿Qué espíritu puede comprenderte?
Ninguna inteligencia te entiende.
Sólo Tu eres inefable:
Cuanto se dice ha salido de Ti.
Sólo Tu eres incognoscible:
Cuanto se piensa ha brotado de Ti.
Todos los seres te alaban
los que hablan y los que guardan silencio.
Todos te rinden pleitesía,
los que piensan y los que no lo hacen
El universal deseo, el gemido de todos
tiende a Ti.
Cuanto existe te suplica
y quien contempla el universo
te eleva un himno en su silencio
Únicamente en Ti permanece todo
y de Ti, con un mismo impulso, todo procede.
Tú eres el fin de todo.
Tú eres el único.
Tú eres cada uno y no eres ninguno.
No eres un sólo ser;
no eres el conjunto de todo
Tú concentras todos los nombres,
¿Cómo podría yo nombrarte?
Tú eres el único que no se puede nombrar
Ten piedad, Oh Tú, "el más allá de todo".

Ante nuestra incapacidad de expresar a Dios, nos entregamos con el canto, como si fuésemos flautas que suenan sólo cuando pasa por ellas el viento del Espíritu. El Espíritu Santo es quien alaba en nosotros al Eterno, al Soberano de todo, al Padre, al

Cordero. "Es el Espíritu Santo (decía Adán de San Víctor, un cristiano de la Edad Media) quien dispone nuestros corazones para la alabanza; el forma en nuestras lenguas los sonidos del canto sagrado". Este es el misterio del canto de alabanza: el espíritu del hombre animado, tocado, soplado por el Espíritu de Dios. Nuestra música de alabanza y adoración se asemejará así a un iceberg; lo que aparece sobre el agua (lo que se oye), ha de ser sólo la octava parte de lo que está sumergido (lo que vibra en el corazón).

El Señor se complace en la alabanza de su pueblo. Y la voz de su esposa, la Iglesia, le parece dulce como "un panal de miel" (Cant. 4,11). Nuestra voz ha de subir a Él como incienso (Sal. 141 , 2), que brota a medida que el Espíritu de amor mueve el incensario que es nuestro corazón. ¡Ofrezcamos a Dios el sacrificio de alabanza, el fruto de los labios que confiesan su nombre (Heb. 13,15)!. ¡Alabemos al Señor con todas las lenguas del mundo, con todos los instrumentos de la orquesta, con todas las voces de la creación, con todos los afectos del corazón!

"¿Preguntáis qué alabanzas debéis cantar? Resuene su alabanza en la asamblea de los fieles. La alabanza del canto reside en el mismo cantor. ¿Queréis rendir alabanzas a Dios? Sed vosotros mismos el canto que vais a cantar. Vosotros mismos seréis su alabanza, si vivís santamente". (S. Agustín. Oficio de lectura, martes III de Pascua)

Y se irá el diablo con dolor de panza... ¡porque no resiste esta alabanza!

2.7 Yo bailo como David.

¡Alabad su Nombre con danzas! (Sal 149, 3)

La oración de alabanza tiene un distintivo: El Gozo. Es tal la alegría, la liberación que uno o una siente, que se despreocupa de dónde está, de quién tiene al lado y comienza a alabar al Señor; normalmente, no sólo con toda el alma, sino con toda la voz y con todo el cuerpo.

El Evangelio está repleto de estas oraciones de alabanza gozosa. Juan Bautista, muestra muy pronto que ha sido bendecido por Dios con el mismo don de bailar para el Señor que su antepasado David. Aún le faltan a su madre tres meses para dar a luz, y Juan se pone a "saltar de gozo en su seno", en presencia de la "Madre de su Señor" y de su mismísimo Salvador - todavía un embrión de pocas semanas -.E Isabel, llena del Espíritu, bendice al Señor con fuerte voz (Lc 1, 41-44). ¿Nos podemos imaginar una asamblea eclesial con mayor derramamiento de carismas para la música y la danza sagradas que aquélla de Juan, Isabel, María y Jesús?

Los enfermos que son liberados y sanados por Jesús (Lc 5,25 . 17, 15 . 18, 43 . etc.) no se limitan a dar las gracias educadamente. Glorifican a Dios con entusiasmo; seguro que saltando, gritando y bailando. Mientras. la multitud se goza por las maravillas que Jesús realiza y alaba a Dios con gritos de júbilo (Lc 13, 17 . 19. 38).

La alegría "en las obras del Señor" es tal, que a menudo se califica de locos o borrachos a quienes por la fuerza del Espíritu se entregan a la alabanza, cantando y bailando para Dios, proclamando sus maravillas con todo el ser. "Están llenos de mosto", decían en la mañana de Pentecostés. Y explica S. Agustín : "el que se alegra en el Señor y le canta alabanzas con gran exultación, es semejante a un ebrio".

La danza es un modo de expresar este gozo de pertenecer a Dios. Lo vemos a través de las páginas de la Biblia. Moisés da rienda suelta a la alegría del pueblo tras pasar el Mar Rojo, y todas las mujeres tomaron panderos y tímpanos, y bailaban y cantaban a coro (Ex. 15, 20). David danza delante del Arca (2Sam 6, 14-21) y, ante las recriminaciones de su mujer, dice: "*en presencia de Yahveh danzo yo*". El salmo 149 invita a todo el pueblo a cantar, a alegrarse, a tocar y bailar para Dios:

"¡Aleluya! ¡Cantad a Yahveh un cantar nuevo, su alabanza en la asamblea de sus amigos! ¡Regocítese Israel en su hacedor, los hijos de Sión exulten en su Rey ; alaben su nombre con la danza, con tamboril y cítara salmodien para El" (Sal 149, 1-3)

En el profeta Sofonías contemplamos como el mismo Dios es quien se goza, grita y baila, movido por el Amor que tiene a su pueblo:

"Yahveh tu Dios es, en medio de ti, un poderoso salvador. El exulta de gozo por ti, renueva por ti su amor, danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta" (Sof 3, 17)

Hemos de cantar para el Señor con todo el ser, expresando con nuestro cuerpo lo que decimos y experimentamos. Éste es el valor, el sentido de nuestros gestos y movimientos. Igual que el canto, son oración. Son para Dios. La expresión corporal y la danza sagrada - que el pueblo de Israel utilizaba en su liturgia- son elementos que estamos empezando a recuperar en la Iglesia, comprendiendo que no se trata de cosas irreverentes sino cuando se hacen en espíritu de oración- de alabanza profunda, como lo fue para David:

"David y todo Israel danzaban delante de Dios con todas sus fuerzas, y cantaban y tocaban arpas, salterios y panderos, címbalos y trompetas". (1Cro 13, 8)

No se llamaba David, sino Luis, aquel sacerdote jesuita. Había venido a darnos un retiro. Acabábamos de celebrar el Sacramento de la Reconciliación y empezamos la Eucaristía. En el momento del "Gloria", mientras toda la asamblea cantaba, él comenzó a danzar para el Señor. Revestido con alba y estola, en sus movimientos había un perfecto equilibrio entre el recogimiento y la exultación. Era su ser, su cuerpo, el que se movía; pero era el Espíritu el que lo movía, quien aleteaba en él, quien se transparentaba... Y todos experimentamos como el templo se llenó de la Gloria de Dios. Los ojos no estaban puestos en él, sino en Aquel para quien bailaba. Sin palabras, en pocos segundos, nos había llevado a la Adoración.

Nuestro cuerpo es un maravilloso teclado de gestos, dispuesto a ser tocado por el Espíritu Santo para expresar las inmensas riquezas que El pone en nuestro interior y con ellas adorar al Padre. Podemos y debemos orar con nuestras posturas, con nuestros brazos, con nuestra mirada. Nuestro cuerpo es "templo del Espíritu Santo" (1ª Cor 3, 16). El mismo Jesús ora con su cuerpo y acepta los gestos orantes de quienes se acercan a El: La mujer que le lava los pies (Lc 7, 44); el de María sentada y embobada junto a El en Betania (Jn 12, 1); el de las mujeres que corren al sepulcro la mañana de Pascua (Mc 16, 1). Diego Jaramillo dedica un libro entero ("El cuerpo en la oración") a explicarnos cómo tenemos que adorar y cantar con toda nuestra persona, también con nuestro cuerpo: "mi corazón y mi carne claman por el Dios Vivo" (Sal 84).

Michel Cool, en su libro "Danzaré para Ti", nos cuenta la vida de Mireille Nègre. Es ella la que nos dice: "Jesús nos invita a glorificar a Dios con nuestro cuerpo y danzar al son de su voz, para transmitir -urgentemente- este mensaje: Su Resurrección es mas fuerte que la Muerte". He aquí un resumen de su impresionante testimonio:

Acababa de cumplir Mireille 22 años. ¡Qué cumpleaños tan feliz! Después de diez de trabajo intenso, primero en la Escuela de Danza y después en al Compañía de la Opera de París... resulta elegida. ¡Primera bailarina de la Opera! ¿Quién hubiera podido imaginar un día que la misma niña a la que un ascensor aplastara su piecico, a los pocos años iba a convertirse, no sólo en bailarina sino en una figura llena de futuro y talento?.

En la década de los 60, la fama de Mireille desbordó el amplio marco de la Opera parisina. El cine, la televisión y la prensa especializada, se disputan a la joven figura. Su belleza impresiona. Y tras dos películas - una con Pierre Granier-Deferre- se abre ante ella una prometedora carrera estelar.

¡Gene Kelly y Walt Disney se fijan en ella para llevarla a Hollywood! Pero nada de esto entusiasmo tanto a la joven como el simple hecho de ... bailar. Ni riquezas ni aplausos le parecían comparables a un paso-de-dos ejecutado en toda su belleza.

Belleza de un cuerpo que sabe desplegarse al máximo para expresar algo interior, algo indecible e intenso. Para manifestar ... ¿qué?

"Esto era lo que de verdad me gustaba, cuenta Mireille. Cuando Más feliz era danzando, más deseaba encontrar un sentido real y profundo a esta felicidad sin igual que me proporcionaba mi arte" "En cada interpretación me sentía como atraída por una misteriosa luz. Una luz que presentía por ' encima de mi cabeza, posándose sobre mí. Sobre todo, cuando ejecutaba coreografías de contenido espiritual o místico, inspiradas en espiritualidades orientales o hindúes, por ejemplo"

"Recuerdo que un día danzaba para Buda. Y otro en tomo de Vishnú. ¿ Pero, cuál era mi creencia personal? ¿ Quién mi verdadero Dios? Necesitaba claridad, transparencia. Ansiaba vivir una armonía perfecta entre el arte que había elegido y el ideal ante el que lo inmolaba".

Hasta que un día se topa con el Evangelio...

Buscadora inconsciente de; verdadero Dios, Mireille lo encuentra allí, y a partir de ese momento intenta saciar su sed devorando, uno a uno, cantidad de libros religiosos. Pasa en esta tarea noches enteras. Con el corazón agitado, busca una respuesta. Y la encuentra, por fin, en ese mismo Evangelio.

"Descubrí al Divinidad de Jesús. Aquella luz desconocida que se apoderaba de mí al danzar, era cabalmente su mirada. El había sido mi compañero silencioso desde siempre. Su voz, con sabor de eternidad, hizo vibrar las cuerdas de mi sensibilidad desnuda, cuando leí: "Yo soy manso y humilde de corazón... venid a Mí ". "Cristo tuvo entonces para conmigo un gesto de gracia desgarradora: su mano, tierna y firme, se posó sobre mis hombros, haciéndome olvidar todo lo que yo más amaba, para que pudiese encontrar algo mejor Para que pudiese alcanzar al amor. Y como Director de Orquesta perfecto, yo le dejé que comenzase a dirigir mi nueva danza".

Mireille dice entonces adiós a todo lo que más quiere; su familia, sus amigos, la Opera.... todo para seguir al Amigo. A los 28 años dice adiós a la que llamamos mundo y entra en el Carmelo de Limoges. "Jesús, ¡qué coreógrafo! El paso de la escena a la Santa Cena. Diez años de destierro... En el Carmelo yo aprendí la danza de Getsemaní, la de los prisioneros. No siempre la dancé bien. A pesar de ser prisionera de; amor, es difícil seguir a tal Maestro de Baile... Cuando mis gestos no se acompañaban bien, su voz, la suya, resonaba fuerte, bella, profunda: "No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que yo os he elegido a vosotros, para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto dure". Esta voz, este soplo, me llevaban más allá del desierto, más allá de los muros de/ Carmelo".

A los 38 años Mireille se ve obligada a abandonar el convento por motivos de salud, sin haber pronunciado todavía los votos definitivos. Pero para ella su vida consagrada continúa. En lo sucesivo lo va a vivir, no ya tras los muros de un monasterio, sino en el corazón mismo de la vida para "testimoniar su serenidad ante los hombres". ¿Cómo? Sirviéndose de ese don que Dios le ha dado para dar fruto: la danza.

"La considero como un modo de vivir en acción de gracias. La danza es una prolongación de cada cosa: el pensamiento, el gesto, los sentimientos. Vivir en una unidad con el espíritu de Jesús, reconcilia al cuerpo y alma. Por ello la danza puede ser un verdadero instrumento de oración. No un torbellino en el que orar, sino una forma de expresión suave, que se mueve en el espacio, y es la expresión estética más maravillosa de alabanza a Dios".

Tras su salida del Carmelo, Mireille ha vuelto a calzar sus zapatillas de punta. Ha vuelto a entrenarse asiduamente y a escribir numerosas coreografías de tema sacro: el "Gloria", de Vivaldi; el 'Magnificaf', de Bach; el "Ave María", de Gounod, etc."El culmen de la danza -dice- reside en al Cruz de Cristo. La Cruz es una expansión a lo largo, a lo alto y a lo ancho, abarcando todas las dimensiones del cosmos y de la eternidad. La Cruz

es ciertamente el símbolo exacto de toda la ofrenda que una danza sagrada anhela elevar hacia Dios".

Mireille sueña con poder ir a bailar por cuantos sitios haya soledad, abandono o dolor: prisioneros, hospicios, hospitales... "Sí, porque para mí, bailar es un modo divino de amar. No me siento sola. Madre Teresa de Calcuta se ocupa de los pobres de una forma, quizás más concreta que yo. Pero el arte es también expresión de amor que Dios nos tiene. Una danza puede aportar mucha paz y alegría, tanto a los pobres, como a los ricos que son pobres de corazón".

Hoy su danza y su oración forman una sola cosa: "Al bailar, uno mismo se convierte en oración, Se hace algo más que orar con el cuerpo. Uno siente que sus músculos, sus huesos, todo su interior, se abrasa en el fuego de esta oración. La idea de Dios, pensar en El, sabe entonces a miel. Y el cuerpo piensa en El con toda la intensidad de que es capaz".

2.8 Cantar victoria

"La gente se amotinó contra ellos; los pretores les hicieron arrancar los vestidos y mandaron azotarles con varas. Después de haberles dado muchos azotes, los echaron a la cárcel y mandaron al carcelero que los guardase con todo cuidado. Éste, al recibir tal orden, los metió en el calabozo interior y sujetó sus pies en el cepo. Hacia la medianoche Pablo y Silas están en oración cantando himnos a Dios; los presos les escuchaban. De repente se produjo un terremoto tan fuerte que los mismos cimientos de la cárcel se conmovieron. Al momento quedaron abiertas todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos. Despertó el carcelero y al ver las puertas de la cárcel abiertas, sacó la espada e iba a matarse, creyendo que los presos habían huido. Pero Pablo le gritó: "No te hagas ningún mal, que estamos todos aquí."

El carcelero pidió luz, entró de un salto y tembloroso se arrojó a los pies de Pablo y Silas, los sacó fuera y les dijo: "Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?". Le respondieron: "Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa." Y le anunciaron la Palabra del Señor a él y a todos los de su casa. En aquella misma hora de la noche el carcelero los tomó consigo y les lavó las heridas; inmediatamente recibió el bautismo él y todos los suyos. Les hizo entonces subir a su casa, les preparó la mesa y se alegró con toda su familia por haber creído en Dios." (Hch. 16, 22-34)

Éstas fueron las últimas palabras de Jesús antes de subir al cielo.- "Recibiréis la fuerza del Espíritu y seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8). Todo lo que nosotros hemos recibido del Espíritu - los dones, los carismas para ser testigos de Jesús. Y la música y el canto son un camino privilegiado para llevar a las personas a un encuentro con Jesús. Son instrumentos que, usados por el Espíritu, tienen un gran poder evangelizador.

El Espíritu Santo se sirve de las notas y de los instrumentos de música para construir el Reino de Dios. "Su soplo pasa a través de los que tienen el don natural de la música aún cuando éste sea muy elemental", dice Philippe Verhaeghen. Es sorprendente ver como con medios muy pobres, el Espíritu produce frutos espirituales inesperados y extraordinarios. Para muestra, los cantos de Pablo y Silas; no ha habido en la historia de la Iglesia un Ministerio de Música más pobre humana y musicalmente y, al mismo tiempo, con mayor poder evangelizador. Por contra, vemos en nuestras iglesias ejecuciones corales perfectas que han requerido un esfuerzo inmenso de ensayos y que producen - sobre todo- efectos carnales como emoción artística, felicitaciones al coro... ; sin hablar de cosas menos hermosas como rivalidades, deseo de figurar, etc.

El soplo del Espíritu no actúa sólo sobre la melodía, en la voz de los ejecutantes, sino también en las palabras cantadas, haciéndolas palabras ungidas, palabra viva. Es así como la música produce frutos espirituales: La comunión con Jesús Salvador y Señor, la

comuni3n con la ternura y la grandeza del Padre, la comuni3n entre hermanos "en el mismo y 3nico Esp3ritu". Resumi3ndolo en una sola frase: el carisma del canto hace presente a Jes3s y entonces los corazones arden en su Amor. Nos dec3a un p3rroco: "Cuando cant3is en un funeral o en una boda, la gente se conmueve profundamente. Algunos indiferentes o agn3sticos han sido tocados... El d3a en que nuestras Iglesias tengan grupos de canto por los que pase el soplo del Esp3ritu, se llenar3n".

La m3sica es un excelente medio de comunicaci3n. Por ello los cristianos debemos utilizarla para llevar, a todos los que nos rodean "y hasta los confines de la tierra", lo m3s precioso que tenemos: Jesucristo. La m3sica es la forma de expresi3n que se cuele m3s f3cilmente en cualquier ambiente o lugar: la lectura y los discursos cansan, pero la m3sica conserva esa capacidad de "enganchar" a personas de todas las edades y condiciones.

Ya David utilizaba el canto para evangelizar. Dice en los Salmos 57, 108 y 18: "Te alabar3, oh Dios, entre los pueblos; te cantar3 entre las naciones". Para David los pueblos y las naciones eran los paganos.

Seguro que los 4.000 levitas que formaban su ministerio de m3sica impresionaban a los extranjeros que pasaban por Jerusal3n. Pero fij3monos bien de qu3 clase de cantos est3 hablando David: Son cantos de alabanza, que celebran la Majestad de Dios. Por medio de la m3sica, David alaba a Dios y su actuaci3n en medio de su pueblo: Su Fuerza (Sal 59, 17), su Fidelidad (Sal 71, 22), su Bondad y su Justicia (Sal. 101, 1). Proclama las maravillas de Dios: Todo el bien que le ha hecho (Sal 13, 6), el Gozo que ha puesto en su coraz3n (Sal 30, 13), la Fortaleza que le ha dado (Sal 57, 8).

De igual modo, ya en el Nuevo Testamento, Pablo y Silas - en la prisi3n de Filipos- no entonaron propiamente cantos de evangelizaci3n dirigidos al carcelero y a los otros presos; ¡cantaron Alabanzas a Dios!. Fue por esos cantos y por la acci3n del Esp3ritu Santo que el carcelero se convirti3. Tambi3n hoy, si cantamos al Se3or alab3ndolo con todo nuestro ser y le pedimos que derrame con poder su Esp3ritu Santo, veremos maravillas.

Nuestros cantos, como los de David, Pablo y Silas, deben decir a, los de fuera qui3n es Dios para nosotros y lo que ha hecho por nosotros. Nuestra m3sica debe reflejar tanto el car3cter de Dios como los sentimientos que El produce en los corazones de los que se reconocen sus hijos. Esta m3sica ser3, por tanto, muy diferente a la del mundo, para reflejar, con un estilo que la gente comprenda y aprecie, la imagen de una vida completamente transformada por el poder de Dios, de un Dios vivo y verdadero. Nuestros cantos deben suscitar en ellos - en un lenguaje parecido al suyo - la sed de autenticidad, de verdadera vida, el deseo de saber m3s sobre la fuente que ha inspirado esa m3sica. 3sta es la doble exigencia de una m3sica de evangelizaci3n para nuestro tiempo- por una parte, ha de tener una forma comprensible y un estilo adaptado a la gente de hoy, y, por otra, ha de ser reflejo de su Creador y tener un contenido verdadero y transparente.

Un grupo de japoneses visitaba Madrid en Julio de 1993. Recorriendo la Casa de Campo, se encontraron con muchas personas que entraban y sal3an de Pabell3n de Convenciones con rostros radiantes y ademanes amables. Un cartel sobre la puerta: "¡Sed Santos!". Era la XV Asamblea Nacional de la Renovaci3n Carism3tica Cat3lica. Uno de los japoneses, Yokiro, nos cuenta lo que le sucedi3 entonces: *"Me acerqu3 y escuch3... Todo mi ser se conmovi3 profundamente por aquella m3sica que me acog3a. Era la m3sica de un Dios Santo, lleno de Amor y de Poder. ¡Yo quer3a conocer y servir a ese Dios!"*.

Durante generaciones, los Tuaregs estaban completamente cerrados al Evangelio. Todos los esfuerzos hab3an fracasado a la hora de llegar a estos "caballeros del desierto". Unos misioneros probaron entonces a componer himnos adaptando textos b3blicos a

melodías semejantes a las de su folklore. El resultado de esta forma de evangelización fue extraordinario: varias tribus se mostraron receptivas a mensaje de Fe, presentado bajo esta forma que conectaba con los más profundo del subconsciente colectivo de aquel pueblo, a través de su tradición musical. La música era el medio utilizado para que las verdades fuesen más fácilmente aceptadas y entendidas. Era la Palabra de Dios la que tocaba los corazones: "la Fe es por la predicación. Y la predicación viene por la Palabra de Dios" (Rom. 10, 17). Pero para que el Espíritu Santo pudiera actuar a través de la Palabra, era necesario que ésta fuese recibida y comprendida. Ahí estaba la música: preparando el camino a la Palabra de Dios. Porque la música prepara el camino a Aquel que siempre viene.

Idi Amín Dadá, el tristemente famoso dictador de Uganda, fue tocado al oír cantar a sus hijas que volvían de la catequesis llenas de la alegría del Señor. El canto que entró como una pequeña luz en su corazón entenebrecido, decía así: *"Si quieres ser feliz, abre a Jesús las puertas de tu corazón. El borra tu pecado se olvida del pasado; transformará todo tu ser para reinar en él"*. ¿A qué evangelizador se le hubiera permitido hablar así delante de aquel hombre cruel y sanguinario?. La música era el único agente de evangelización que podía llegar hasta él sin levantar sospechas.

Lo expresa muy bien nuestro hermano Josep Asunción:

"Tenemos en la Renovación muchos testimonios de sanación por la intercesión de conversión por la predicación, de manifestación del amor de Dios a través de las relaciones interpersonales en el Espíritu; pero tenemos aún muchísimos más testimonios de acción de Dios a través de la música. Prácticamente todos podemos testimoniar cómo Dios nos dio a experimentar emocionalmente una gracia de consolación, de amor fraterno... cuando cantábamos ese canto, o cómo en el momento que estábamos viviendo esa experiencia iluminativa... empezó a sonar esa canción. La música y la experiencia de Dios viven juntas, porque la música es lenguaje de Dios.

Los cantos tienen la propiedad de la perennidad; no caducan. Son profecías vivas que no mueren. La música permite la evocación de la acción de Dios en todo momento y circunstancia. La revelación de Dios llega mucho más lejos en el tiempo y el espacio, geográficamente hablando, cuando viene cantada. No es necesario tener al predicador delante, hablando, o al intercesor dando palabras de sanación... siempre nos podemos poner a cantar; en cualquier lugar podemos evocar la gracia vivida o abrirnos a la gracia nueva que Dios nos quiere dar. Su palabra no vuelva de vacío, porque la música riega la tierra y la hace germinar."

A través de la música ungida por Dios cayeron las murallas de Jericó fueron libres de la cárcel Pablo y Silas y se convirtieron el carcelero y su familia. A través de la música que el Espíritu Santo haga, cante y toque por medio de ti, muchos creerán en la Palabra y se salvarán.

2.9 ¡Échale leña al fuego del Espíritu!

"Quien ha aprendido a amar la Vida Nueva sabe cantar el cántico nuevo. De manera que el cántico nuevo nos hace pensar en la Vida Nueva. Hombre nuevo, cántico nuevo, testamento nuevo... todo pertenece al mismo y único Reino" (San Agustín).

El cristiano que busca sinceramente conocer el lugar que la música debe ocupar en su propia vida, tiene en la Palabra de Dios una norma general que se puede aplicar a cualquier ámbito de su existencia- "Hacedlo todo para la Gloria de Dios" (1ª Cor 10, 31) Quien haya aceptado a Jesús como su Señor y Salvador ya no es autónomo o autónoma para fijarse su propia ley, ya que ahora está "bajo la ley de Cristo Jesús" (1ª Cor 9, 21). Y Jesús buscaba siempre lo que era agradable a Dios y servía para darle mayor Gloria (Jn 7, 18 ; 8, 29 ; 8, 49 ; 17, 4).

"Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo" (Rom. 14, 7). "Cristo murió para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos" (2ª Cor 5, 15) "para que en todo sea glorificado Dios por medio de Jesucristo" (1 Pe 4, 11). Si hemos nacido de nuevo, del agua y del Espíritu, desearemos hacer todas las cosas - también la música - para la Gloria de Dios. Todas mis cosas están bajo la mirada de mi Padre; soy su hijo y vivo en función a El. La música que aceptamos escuchar, la que componemos, la que cantamos o tocamos - solos o con otras personas - debe contribuir a glorificar a Dios.

Hacer algo para la Gloria de Dios significa que deseamos que El reciba todo el Honor y la Alabanza de nuestra acción y que sea mejor conocido, amado y servido. Por tanto, renunciamos a nuestra propia gloria personal. El mundo de la música como toda actividad artística, ha sido desviado hacia la glorificación de hombre. Una de las metas - reconocida o no - de los artistas es la de hacerse un nombre. Y Jesús dice, con respecto a esto: "mas, entre vosotros, no será así" (Mat 20, 26). En una oración común o en cualquier celebración litúrgica es inconcebible que músicos o cantores sean protagonistas. La música es ofrecida a Dios igual que las oraciones. No nos reunimos en el nombre del Señor para disfrutar de la música o para apreciar su calidad.

"Todas las cosas me están permitidas, pero no me dejaré dominar por ninguna". Incluso las mejores cosas pueden convertirse en un peligro para mi libertad si se convierten en imprescindibles para mi bienestar, si no puede vivir sin ellas. Hoy en día, la música se ha convertido para muchos en una droga de la que les sería muy difícil prescindir. La música es un medio maravilloso por el cual Dios puede darnos Paz, Alegría, Fuerzas... pero siempre seguirá siendo un medio - como los alimentos o las medicinas - en las manos de Dios. No es de la música por sí misma de quien espero estos beneficios, sino de mi Padre que me ama. Debo evitar, por tanto, dedicarle más tiempo, fuerzas o receptividad de lo que el Señor me muestra como conveniente para no depender de ella. Para muchos "melómanos" la música se ha convertido en un sucedáneo de la religión. Tienen necesidad de ella para tranquilizarse o animarse. Esperan de ella lo que nosotros esperamos de Dios: consuelo, transformación interior, comunión con los otros... La música es una sierva de Dios ; si no ocupa su lugar, se hace un ídolo, un falso Dios.

Hacer música para la Gloria de Dios es contribuir a que Dios sea conocido, tal como verdaderamente es, por el mayor número de personas. Glorificar "el Nombre de Dios" (Jn 17, 18). Es manifestar y hacer reconocer sus cualidades: Su Majestad, Su Gracia, Su Ternura, Su Belleza. La música glorifica a Dios cuando refleja estas cualidades y las evoca en el interior de los oyentes. "una música para la Gloria de Dios - dice Küen - es una música de Paz, en el sentido de Shalom: plenitud, realización, felicidad".

Pablo, justo después de haber hablado del canto, dice: "y todo lo que hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo en el Nombre del Señor Jesús" (Col 3, 17). Hacer una cosa en el nombre de alguien, es hacerlo tal como él lo habría hecho, representando su personalidad, su naturaleza, hacerlo con su amor y su autoridad. Una música hecha en el Nombre del Señor Jesús debe reflejar su persona - su Fuerza y su Dulzura, su Verdad y su Pureza, su Amor y su Poder, y también su Celo, su Pasión por el Padre, su Indignación ante el mal. Una música de esta clase podrá tener, según los momentos, fuertes sonoridades, acentos peculiares, diferentes estilos, pero no se complacerá en excitar ni en condicionar. No será de carácter caótico o exagerado, sino que transmitirá la serenidad y el equilibrio que nacen del triunfo de Dios sobre toda división o destrucción.

En el Antiguo Testamento, los músicos del templo eran levitas sometidos a las mismas obligaciones que sus hermanos. No tenían ningún privilegio ni patrimonio; Dios mismo era su heredad (Num 18,20 - Dt 10, 9). Algo semejante ha de suceder con quienes son llamados a servir al Señor a través de la música y el canto. Un ministerio de música

es como un ministerio de intercesión o de predicación: un servicio al Señor en la Comunidad. Significa, de algún modo, una consagración a Dios. La Comunidad -a través de sus responsables- tiene que mantener una exigencia espiritual y de coherencia de vida para todos los que forman parte de un ministerio de música. "Solamente los músicos que viven de una manera ejemplar deberían ser utilizados en la Iglesia", me dijo una vez alguien con mucha experiencia en el asunto.

Quienes sirven al Señor en este ministerio han de amar más a Dios y a su Palabra que a la música. Deben tener una visión de la música y el canto desde la Palabra de Dios y la Tradición de la Iglesia. Han de tener paciencia, equilibrio emocional, capacidad de sometimiento y de trabajo en equipo; entusiasmo y celo, compensados con sensatez y buen humor. En la base de todo esto humildad. Sólo con una vida de oración diaria y de entrega real se puede servir al Señor.

Nos decía Martín Valverde en Brighton:

"Tenemos que ayudar a los músicos, no tratándolos como a músicos sino como a personas, como a hijos de Dios antes que músicos. No les viene mal guardar su guitarra en el armario durante un mes. Cuantas veces (¿no les ha pasado?) viene el dirigente y pregunta ¿vino el guitarrista?. No pregunta por la persona, pregunta por el músico. A nadie le preocupa por qué no vino; les preocupa que, si no viene, no va a haber guitarra"

El guitarrista Lucien Battaglia, uno de los más destacados discípulos de Andrés Segovia, resume así las exigencias de un ministerio musical:

"Mantenerse en la humildad, para un artista cristiano, no es más que expresar con sencillez la verdad". *¿Qué tienes que no haya s recibido?*, preguntaba el apóstol Pablo; *si lo recibiste, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido?*.

Me esfuerzo en dar el debido valor al trabajo musical: una preparación lo más completa posible en el marco de mis obligaciones. Habiendo hecho todo lo posible, encomiendo a Dios este trabajo inevitablemente imperfecto, para que El se digne bendecirlo y hacerlo fructificar De igual manera, me esfuerzo en superar el miedo y permanecer en paz, orando antes de cada espectáculo, hasta que tengo la certeza de haber obedecido al precepto evangélico: *Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios... echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.*

Para un artista cristiano nos es correcto desear ser exaltado. Guardándonos de todo deseo de vanagloria, nos deshacemos de la principal fuente de temor.

Finalmente, me parece esencial ser transparente delante de Dios, confesando todo pecado que entristezca al Espíritu Santo, y orar para que cada persona del público perciba a través de mí música algo de la belleza, del amor o de la paz del Señor.

Por ello, debo orar para no ser un obstáculo, ya que la vanidad, el orgullo pretendidamente legítimo del artista, es como una mala hierba siempre dispuesta a rebrotar...

La expresión musical no puede estar dissociada de su "vector" humano. Tocamos tal como somos, lo que somos; no se pueden hacer trampas. El músico cristiano será, pues, percibido según la verdad de su estado espiritual real.

Esto no implica a priori un elevado nivel técnico: los músicos que empiezan, pueden hacer sentir la riqueza de su vida interior, mientras que los grandes virtuosos pueden ofrecer espléndidas conchas nacaradas pero vacías de toda riqueza espiritual - e incluso humana a veces-.

¿Somos siempre conscientes de la majestad de Aquel que nos llama?

¡Celebrad a Dios con la música. celebradlo!, dice un salmo.

¡Celebrad a nuestro Rey, celebrado porque es el Rey de toda la tierra, porque es Dios!

¡Celebradlo por medio del más bello cántico!

El testimonio de Marta resulta esclarecedor :

"Hace muchos años que estoy en la Renovación y creo que desde siempre me he sentido llamada a servir en la música. Siempre he sido mimada a nivel de grupo y a nivel nacional. Lo que pasa es que los hermanos me hicieron un pedestal y yo gustosa me subí en él. Era Marta, "superestrella".

Estuve varios años sirviendo en el Ministerio de las Asambleas Nacionales y Regionales; pero, de pronto, un año dejaron de llamarme a grabar la cinta y a la Asamblea Nacional. En mi corazón se abrió una gran herida que tardó mucho tiempo en sanar. No llegaba a entender el porqué de lo que me estaba ocurriendo.

El caso es que esto sólo era el principio de un camino que duraría unos seis años.

Más tarde estuve como servidora en Discernimiento del grupo; pasados dos años se volvieron a elegir nuevos responsables y yo no salí reelegida. A pesar de lo que se dice a los demás, es muy fácil apegarse al poder; pero bueno, aún podía seguir siendo la estrella de música.

De la noche a la mañana, el Señor permitió que nadie se acordara de mí; era como si no existiera. Me sentí como un pañuelo de usar y tirar, y le dije al Señor como el fariseo: *"¡Tanto tiempo sirviéndote, tantos años de retiro en retiro, de seminario en seminario, de asamblea en asamblea y ahora me pagas así!"*

Es más, en el grupo había 3 seminarios al año y a pesar de seguir en Música ni mis propios hermanos de Ministerio habían contado conmigo para servir en un solo seminario. Una noche me llamaron por teléfono para decirme que un hermano de música había fallado para estar en el último seminario del curso y que si podía ir yo. ¡Menuda humillación!. Yo era el último clavo ardiendo al que se habían agarrado, el último recurso. No sé si me dolió más que que no hubiesen contado conmigo.

En el seminario me encontraba perdida. Sentía que el Señor me había dejado desnuda del todo; que no tenía el don de música. Al llegar el retiro sólo dije al Señor que era Él el que tenía que servir, que yo no era capaz. El día de la Efusión, el Señor me decía: "Los dones son míos y tú has querido apropiarte de mi Gloria con el don de la música. Yo te devuelvo el don no para tu gloria sino para que edifiques mi Iglesia". Y así fue. Sentí que una música nueva nacía de mi corazón y agradecí al Señor que volviera a elegirme para ser su instrumento.

Pero aquí no acabó la historia. Unos meses más tarde, en la Asamblea Nacional, iba yo comentando a una hermana que no entendía todavía mi soledad y lo que el Señor se proponía hacer conmigo. En esto, una hermana a la que hacía tiempo no veía se me acercó y dijo: *"Estamos llamados a desaparecer"*. Fue como si se hiciera la luz en mí y de pronto las piezas del puzzle se juntaron y vi el camino por el que el Señor me conducía. La clave estaba en desaparecer para que Él creciera en mí. A partir de entonces el Señor me reveló muchas más cosas y sentí que tenía que ser pueblo en el pueblo.

A veces, las personas que estamos en música somos inalcanzables subidos en un pedestal. Nuestro don es precioso, pero peligroso si el Señor no es el que conduce nuestra vida. Entonces es cuando surgen los celos, las envidias, la falta de unidad, las indiferencias, la vanidad, las estrellas...

Alguien me dijo una vez que nuestro don es para el que lo necesite. Los ricos rechazan el don de apariencia pobre, los pobres acogen el don porque lo necesitan. Que el Señor nos dé mucha humildad para acoger nuestro don y el de los demás.

El Señor hoy nos invita a confiar en Él. ¡La música es un instrumento tan fuerte, sobre todo para los jóvenes en esta sociedad!. Y nada menos que el Señor nos regala su música para cambiar corazones, para reconocerle como Señor, para sanar, para reconciliar, para alabar en acción de gracias, para adorar su Nombre...

¡Qué hermoso es que el Señor ponga en nuestras manos este don!. Es necesario aceptar retos. Dios nos reta a soñar, a levantarnos de nuestra comodidad y a comenzar

un camino nuevo. Es necesario que el Señor nos renueve el don. Es necesario que nuestros responsables conozcan qué es este don.

¡Qué el Señor nos envíe su Espíritu como en un nuevo Pentecostés!
¡GLORIA AL SEÑOR!"

ORACIÓN DE UN MÚSICO

Señor, Dios Todopoderoso,
que has creado el cielo
y la tierra y el mar
y todo lo que en ellos hay :
¡ Alabanza, honor y gloria
a tu Nombre por los siglos !
En Ti residen para siempre
la verdad, la santidad.
la gracia y la belleza.
Esplendor y majestad
irradia tu trono,
Fuerza y magnificencia
adornan tu santuario.

En tu palacio, todo proclama *¡Gloria!*
Tú has hecho todas las cosas bellas...

Y ellas manifiestan
el esplendor de tu grandeza;
sus acentos armoniosos
resuenan en todo el Universo.
A la voz de tu trueno.
la Tierra se pone a temblar;
pero cuando el viento murmura
a través de las hojas,
cuando el manantial balbucea.
es como un reflejo de tu Gracia.
Y cuando los pájaros
hacen resonar sus cantos,
tan variados y melodiosos,
percibimos como un eco
de la música de tu voz.

Tú has hecho nacer en nuestros corazones
el deseo de celebrarte.

Tú te complaces con nuestras alabanzas
y aceptas nuestros cantos.

Tú has hecho la música
como un medio privilegiado
para expresar nuestros sentimientos.

¡Gracias por este regalo!

Queremos utilizarlo
para cantar tus alabanzas
y para revelarte
a los que viven sin esperanza.
¡Gracias por todos los salmos,

los himnos y los cánticos
compuestos por los que nos han precedido
y por nuestros contemporáneos!
¡Gracias por los dones musicales
que has dado a tu Iglesia!
Concédenos, en tu amor,
utilizarlos para tu Gloria.
Desde aquí abajo, Señor,
queremos unir nuestras alabanzas
a aquellas que hacen resonar
el coro de miles de ángeles
que te celebran en el cielo,
esperando el día glorioso
en el que entonaremos
el cántico nuevo
en compañía de los redimidos
de todos los tiempos y lugares
reunidos delante de Ti.
¡Amén!

Así que ... ¡Échale leña al fuego del Espíritu! ...

Y, entonces, podrás salir a la calle, a cantar que tú eres de Jesús y que llevas su paz. Con tu voz y tu sonrisa, podrás anunciar la locura de un Dios Vivo... ¡Serás un vendaval!

Pero recuerda: No basta sólo con cantar, no es suficiente con sentir, no basta sólo con querer hacer. ¡Es necesario morir!

2.11 S. D. G. (SOLI DEO GLORIA)

"Oí una voz desde el Cielo, como estruendo
de muchas aguas, como de arpistas que
tocaban sus arpas. Cantaban un canto
nuevo delante del trono.
Y nadie podía aprender su canto".
(Ap. 14, 2-4)

El don de lenguas "es un don de oración que nos capacita para orar a un nivel más profundo" (K. Macdonnell).

El P. Sullivan, jesuita de la universidad gregoriana de Roma, después de un minucioso estudio de este don, concluye: "La oración en lenguas de la comunidad de Corinto, igual que la de hoy, es un hablar y cantar de modo ininteligible, que no se produce por un éxtasis religioso. Aquellos que la practican la consideran bienhechora en cuanto forma de orar. Estamos, pues, fundamentados cuando afirmamos que este fenómeno religioso, del que constatamos hoy día una reminiscencia, es el mismo del que nos habla Pablo en 1ª Cor. 12, 14. En virtud de ésta conclusión, nos hallamos ahora mejor capacitados para comprender por qué Pablo da gracias a Dios por este don y por qué expresa su deseo de que todos pudieran recibirlo. Hoy, en efecto, millares de cristianos pueden dar testimonio de los frutos que esta extraña manera de orar y cantar produce en sus vidas. Para un gran número de personas ha sido la llave que ha abierto la puerta de una nueva experiencia de Dios".

"El que habla en lenguas no habla a los hombres sino a Dios" (1ª Cor 14,2). Cantar en lenguas es un vehículo para hablar a Dios, un medio para que el Espíritu ore en

nosotros. El canto en lenguas expresa sentimientos y pensamientos, pero en un sentido global como las lágrimas o la risa. El Espíritu Santo se une a nuestro espíritu, no lo sustituye. Se sirve de todos los recursos de nuestra naturaleza. No es que, de repente, seamos dotados de una capacidad milagrosa. El don consiste en dejarse interior y exteriormente con sencillez, para que pueda brotar este lenguaje de niño. El canto en lenguas se convierte así en el lenguaje de la alabanza, de una alabanza integral, de todo el ser, en la presencia de Dios.

El dominico Vicente Rubio lo describe formidablemente al darnos su testimonio:

"Hace ya mucho tiempo, cierta tarde participaba yo, más como observador y crítico que como orante, en una asamblea de oración, impropriamente llamada "carismática". Había más de trescientas personas. De pronto me di cuenta de una cosa. Nadie de los que cerca de mí estaban orando se expresaban en nuestro idioma castellano. Ni siquiera oraban en voz alta, según costumbre, alabando intensamente a Dios ... ¡CANTABAN! ¡CANTABAN SIN SER CANTORES!. Y cantaban con una melodía que en nada se parecía los cánticos antiguos o modernos. Lo más raro es que cantaban con palabras desconocidas. Fue una música sublime, pura, espiritual. Sólo Dios se dejaba sentir en ella.

Todo semejó a un orfeón gigantesco que, sin perder su elevación divina, comenzó suave, siguió creciendo, hasta alcanzar un clímax rotundo; al llegar a ese punto, era como una nota o un acorde inmenso, poderoso y fuerte. Cielos y tierra, la Iglesia y la creación entera cantaban al Dios infinitamente santo. O como si Dios se cantara a sí mismo, humildemente, en su inmensa gloria y nos dejara escuchar un rato aquí en este mundo la hermosura de su canción eterna. Luego las voces fueron disminuyendo poco a poco hasta que, como sí un invisible director de coro hubiese dado la señal de terminar, la asamblea íntegra cesó de golpe en aquel maravilloso canto.

Me quedé perplejo. Porque los numerosos integrantes de la reunión no eran cantantes profesionales ni aficionados. Tampoco se trataba de ninguna canción conocida. Mucho menos de una entonación más o menos identificable. Era una melodía nueva, espontánea. La armonía misma, juzgada desde el punto de vista musical, resultaba rica, por no decir riquísima. Recordaba de lejos las composiciones sagradas alemanas, más armónicas que melódicas, llenas, intensas. Nada pregunté sobre aquello. Dirigí discretamente mi vista a la asamblea entera. Vi como toda ella se hallaba sumida en un recogimiento profundo. ¡Imposible poner a tanta gente de acuerdo para canturrear tan bien!. Además..., en su mayoría, aquellas personas ignoraban la música. Tampoco había cancioneros ni partituras. Nada de estudio previo... ni ensayos. Únicamente allí se percibía a Dios en su imponente grandeza y en esa tremenda cercanía que El tiene para con nosotros, rebosante de amor.

Cuando regresé a casa, abrí la Biblia para ilustrarme sobre lo que acababa de percibir. Leí el texto del evangelio de San Mateo 26,30, único sitio donde expresamente se dice que Jesús cantó: "Después de cantar el himno, se fueron (Jesús y los apóstoles) al monte de los olivos". ¿Sería el canto que yo había escuchado aquella tarde una participación del canto que Jesús entonó en la tierra y sigue entonando en el cielo para alabanza y gloria del Padre por el poder de Espíritu Santo?. Podía ser, pero aquel pasaje bíblico de San Mateo no me ilustró demasiado acerca de lo que tanto me inquietaba. Leí Hechos de los Apóstoles 16,25. Allí se relataba que estando Pablo y Silas presos en la cárcel "a medía noche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios ". Quizás lo que Pablo y Silas cantaban a Dios se pudiera parecer a lo que yo había oído en la asamblea aquella tarde, pero el texto sagrado tampoco me aclaraba mayormente lo que anhelaba saber. ¿Qué hacer? Tratar de esperar con paciencia, a ver si se presentaba una nueva oportunidad.

Pronto se presentó el día esperado. Esta vez hallábanse a mi lado personas conocidas. Su voz y su gusto para cantar no rebasaban los límites de lo común y ordinario. De repente, cuando estábamos en oración intensa, sin nadie dar un aviso o una orden, comenzó el canto con palabras desconocidas. Todo el mundo participaba en él. A mi entender, resultó mucho más fino que en la otra ocasión. Un juego de melodías y armonías tan extraordinarias se cruzaban por aquí y por allá arrebatando el corazón y envolviéndolo en una atmósfera densa de presencia de Dios, de calma del cielo y serena alegría de la tierra.

Aquello era verdaderamente una sinfonía de voces que sólo podría estar inspirada y conducida por el mismo Espíritu Santo. Al acabar el canto, indagué. La persona que a mi izquierda se hallaba me dijo: "*Sí, esto ha sido un canto en lenguas*". Di gracias a Dios, porque de nuevo yo había sido testigo del paso del Señor por aquel lugar. Por suerte, un amigo acababa de llegar al sitio de la asamblea en busca mía, porque necesitaba comunicarme una noticia. Cuando salí a la puerta del local, el caballero se adelantó y me preguntó qué coro era aquél, y cómo cantaba tan bien, quién los ensayaba, etc., etc. El se había quedado impresionado igualmente por el orfeón improvisado e inesperado.

Aprovechando el paso por esta ciudad de Santo Domingo de un notable biblista, graduado en la célebre Escuela Bíblica de Jerusalén, hube de consultarle sobre el fenómeno. Entonces me explicó que el canto en lenguas era una modalidad de la glosolalia u oración en lenguas. La única diferencia con orar en lenguas consistía, según él, que en el canto en lenguas el Espíritu Santo no sólo ponía las palabras en boca de los fieles sino también la música.

Cuando alguien sienta que el Espíritu Santo le impulsa a glorificar a Dios Padre por Jesús, el Señor, con un canto en lenguas, si es en una asamblea, hágalo cuando el momento sea oportuno para ello; si está a solas, hágalo siempre con toda la unción que sea posible como si estuviera cara a cara en la Divina Presencia. Porque es un canto de Dios para Dios. A su vez notará que su fe se acrecienta, su caridad se intensifica, su esperanza de poseer a Dios vibra con fuerza, su humildad aumenta. Al mismo tiempo, el gozo, la paz y el poder - sobre todo el poder- para hacer lo que por nosotros mismos nunca seríamos capaces de hacer por nuestro crecimiento propio y por todo lo que signifique ayuda y servicio a nuestros hermanos. Entonces se perdonan las ofensas, se aguantan mejor las burlas, se olvidan las distancias, las durezas se suavizan y prodigamos el bien calladamente y con sencillez.

En mi criterio, el canto en lenguas tiene un inmenso poder. El poder del Divino Espíritu tal como puede ser canalizado a través de una criatura humana. He ahí un canto nuevo para Dios. ¡El único nuevo !." (*Vicente Rubio O. P.* Relatado en la revista *Alabanza*)

El canto en lenguas no es una sucesión de notas ensayadas o una melodía compuesta. Es una irrupción espontánea que, dejando a la persona libertad para cantar o callarse, impulsa directamente a alabar al Señor. Cada persona canta con su voz, bonita o no, con su propio timbre y su estilo particular. Sin embargo, el conjunto muestra una impresionante acción del Espíritu, que va constituyendo una unidad en la variedad de voces y melodías. El efecto es una música más allá de lo medible o expresable y una paz interior suave y fuerte a la vez. Solamente si se ha experimentado se puede comprender esta realidad.

El canto en lenguas es expresión de amor y de adoración. Nace del profundo deseo de alabar al Padre y manifestarle con especial amor el deseo de El. Es el Espíritu quien nos impulsa a una alabanza más Plena. de manera que hasta el último rincón de nuestro ser se pone en actividad.

Generalmente, el canto en lenguas se hace presente en determinados momentos más propicios, de mayor profundidad de oración. Es frecuente que el canto en lenguas surja al celebrar la Eucaristía, particularmente en la Consagración y después de la Comunión. En ambos casos es expresión de adoración, de encuentro pleno con Jesús. Cuando termina el canto en lenguas sentimos la necesidad de un silencio más o menos largo. En él adoramos al Señor, su Santa presencia viva y vivificadora, y nos abrimos a sus mensajes.

El Ministerio de Música deberá estar atento a la inspiración del Espíritu para llevar a toda la asamblea a este encuentro completo con el Señor. Si comienza de una forma suave la alabanza en lenguas, el ministerio de música puede empezar a sostener el canto con un acorde y -quizá- después con una serie de acordes que inviten a todos a continuar, intensificar y armonizar la alabanza. Ordinariamente, el canto en lenguas no tiene ritmo (es melodía sin compás; pero, en ocasiones, surge un canto en lenguas rítmico, como si el Señor nos diese a todos una medida, la misma: la medida de la unidad en el Amor).

Diego Jaramillo, en relación con esto, dice:

"Los instrumentos evocan, ayudan y expresan en un canto en lenguas. Por ello, mientras alguien toca su instrumento, también esta orando,- la música es su oración. Las cuerdas vocales y las cuerdas de su guitarra pueden vibrar al unísono para el Señor. Esto se hunde en la más genuina tradición cristiana."

La primitiva Iglesia cantaba en lenguas. San Jerónimo llama al canto en lenguas "*Jubilación*". Lo define como "aquello que ni en palabras, sílabas o letras pueda expresar o comprender la forma como el hombre debería alabar a Dios". San Juan Crisóstomo dice:

"Se permite cantar salmos sin palabras, siempre que la mente resuene en su interior. Porque no cantamos para los hombres, sino para Dios, que puede escuchar aún a nuestros corazones y penetrar en los secretos de nuestra alma"

Y es, sobre todo, San Agustín quien escribe maravillosamente sobre el tema en sus "Narraciones sobre los salmos". Leamos sus bellas enseñanzas al comentar los salmos 26, 32, 46, 65, 80, 88, 94, 97: 99.

"Sacrificamos víctima de regocijo, sacrificamos víctima de alegría, víctima de congratulación, víctima de acción de gracias, víctima que no puede expresarse con palabras. Sacrificamos, pero ¿en dónde? En su mismo tabernáculo, en al Santa Iglesia. ¿Qué sacrificamos? El copiosísimo e inenarrable gozo, que no se expresa con palabras. sino con voz inefable. Esta es la víctima del regocijo (... ¿¿Quién lo alabará dignamente) Si en las criaturas de Dios se fatiga el discurso humano, ¿qué le sucederá al hablar del Creador. sino enmudecer y quedarse únicamente con la Jubilación? (Sal 26).

"He aquí que te da como el módulo para cantar: no busques las palabras como si pudieras explicar de qué modo se deleita a Dios. Canta con regocijo, pues cantar bien a Dios es cantar con regocijo.

¿Qué significa cantar con regocijo?. Entender por qué no puede explicarse con palabras lo que se canta en el corazón. Así pues, los que cantan, ya en la siega, o en la vendimia, o en algún trabajo activo o agitado, cuando comienzan a alborozarse de alegría por las palabras de los cánticos, estando ya como llenos de tanta alegría, no pudiendo ya explicarla con palabras, se comen las sílabas de las palabras y se entregan al canto del regocijo.

El júbilo es cierto cántico o sonido con el cual se significa que da a luz el corazón lo que no puede decir o expresar. ¿Y a quién conviene esta alegría, sino al Dios inefable?. Es inefable aquel a quien no puedes dar a conocer, y si no puedes darle a conocer y no debes callar ¿qué resta, sino que te regocijes, para que se alegre el corazón sin palabras?

¿Qué significa aclamación? Admiración de alegría que no puede explicarse con palabras. Cuando los discípulos vieron subir a los Cielos a quien lloraron muerto, se maravillaron de gozo; sin duda a este gozo le faltaban palabras, pero quedaba el regocijo, que nadie podía explicar. No vayamos sólo en busca del sonido del oído, sino de la iluminación del corazón." (Sal 46).

"Prorrumpid en gritos de alegría, si es que no podéis hacerlo de palabra. Pues no se aclama sólo de palabra; también aclama el sonido sólo de los gritos de los que se gozan, como si fuese la voz de la cosa concebida, del corazón que concibe y pare la alegría que no puede expresarse con palabras" (Sal. 65).

"Cuando no podáis expresamos con palabras, no ceséis de regocijaros. Cuando podáis hablar, clamad; cuando no podáis, alegraos. Aquel a quien no le son suficientes las palabras, suele por la exuberancia del gozo prorrumpir en gritos de alegría" (Sal. 80).

"¿Son suficientes las palabras para nuestra alegría? ¿Será la lengua capaz de explicar nuestro gozo? Si pues las palabras no bastan, ¡bienaventurado el pueblo que sabe alborozarse! ¡Oh pueblo feliz! ¿Crees que entiendes el regocijo? Que sepas por qué te alegras de aquello que no puede expresarse con palabras. El motivo no debe dimanar de ti, para que quien se gloríe, se gloríe en el Señor. No te alboroces en tu soberbia, sino en la gracia de Dios. Comprende que es tanta la gracia, que la lengua no es capaz de explicarla, y habrás entendido qué es alborozo o regocijo". (Sal.88).

"¿Qué significa "jubilar"? Dar gritos de alegría o regocijarse. El júbilo que no puede explicarse con palabras y que, sin embargo, se testimonia con el grito de la voz, se denomina regocijo. Pensad en aquellos que se regocijan, en cualquier clase de canto y como en cierta lid de alegría mundana, y veréis de qué modo, entre los cánticos modulados con la voz, se regocijan rebosantes de alegría cuando no pueden declararlo todo con la lengua, a fin de que por aquellos gritos inarticulados dé a conocer la afición del alma, lo que se concibió en el corazón y no es capaz de expresarlo con palabras. Luego, si estos se regocijan por el gozo terreno ¿nosotros no debemos dar gritos de alegría, regocijarnos por el gozo celestial, que ciertamente no podemos expresar mediante palabras?". (Sal.94).

"Ya sabéis qué es regocijarse. Gozaos y hablad. Si al gozaros no podéis hablar, regocijaos. Vuestro gozo dé a conocer el regocijo si no puede la palabra. Que no quede mudo vuestro gozo. Que no calle el corazón a su Dios; que no calle sus dones. Si hablas para ti, para ti te sanas; pero si te sanó su diestra para El, habla para quien fuiste sanado" (Sal. 97)

"El que se regocija, no pronuncia palabras, sino que lanza cierto sonido de alegría sin palabras. El regocijo es una voz del alma engolfada en la alegría, la cual, en cuanto puede, da a conocer el afecto, mas no el sentir del que percibe. Al regocijarse el hombre con este gozo, al no poder explicar ni dar a entender el afecto con palabras, emite cierto sonido de alegría sin palabras. De este modo manifiesta por el mismo sonido que se alegra; pero como se halla repleto por el demasiado gozo, no puede explicar con palabras el regocijo"

Grandes santos -en la historia de la Iglesia- han orado y cantado en lenguas.

Se dice de San Francisco de Asís que:

"Muchas veces, cuando oraba, hacía un arrullo semejante, en la forma y el sonido, al de la paloma, repitiendo: uh, uh, uh, y con cara alegre y corazón gozoso se estaba así en la contemplación".

Y de Santo Domingo de Guzmán:

"En cierta ocasión recordaban haberlo oído hablar en lenguas, cuando lo oyeron rezar en voz alta y todos vieron en que forma oraba... aunque, curiosamente, nadie pudo recordar qué fue lo que rezaba".

En el diario espiritual de San Ignacio de Loyola, en los escritos del mes de Mayo de 1544, aparece con frecuencia la palabra "locuela", que el santo califica de admirable, dada por Dios, y que le producía consuelo y armonía interior; "son palabras misteriosas que suenan a música del Cielo. Duda uno de, si estas armonías, no son el objeto mismo de las gracias".

Santa Teresa de Jesús se expresa así en "Las Moradas" :

"Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente, da Nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña que no sabe entender qué es. Porque si os hiciere esta merced, le alabáis mucho y sepas que es cosa que pasa, la pongo aquí. Es a mi parecer, una unión grande de las potencias, que las da Nuestro Señor con Libertad para que gocen de este gozo, y a los sentidos lo mismo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan. Parece esto algarabía, y cierto pasa así, que es un gozo tan excesivo del alma, que no querría gozarse a solas, sino decirlo a todos, para que le ayudasen a alabar a Nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento.

Oh, qué fiestas haría y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo. Parece que se ha hallado a sí, y que, como el padre del hijo pródigo, querría convidar a todos y hacer grandes fiestas, , por ver su alma en puesto que no puede durar que está en seguridad, al menos por entonces. Y tengo para mí, que es con razón porque tanto gozo interior de lo muy íntimo de! alma, y con tanta paz, v que todo su contento provoca alabanzas de Dios que no es posible darle al Demonio".

Hoy, al comienzo del tercer milenio, Dios nos está invitando a aceptar en el don de lenguas su iniciativa. La novedad de que Él mismo nos dé un lenguaje para la oración, en un tiempo en el que las palabras -aún para expresar la Fe- parecen haber perdido autenticidad y son -en muchas ocasiones- rutinarias, vacías o equivocadas. Un lenguaje nuevo, mediante el cual El puede ser intensamente alabado por sus hijos de una manera más pura.

Orar y cantar en lenguas es renovar aquella experiencia de Jeremías: ¡Señor, sabes que no se hablar!" (Jer 1,6). O la experiencia del tartamudo de Moisés (Ex. 4,10) Es un modo de cumplir la Palabra de Jesús: "si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos" (Mt 18,3). Como cualquier otro don del Espíritu, debe ser discernido en su autenticidad y conveniencia. El criterio de discernimiento es "por los frutos se conoce la calidad del árbol".

El canto en lenguas no es una tontería para Dios, aunque así se lo parezca a muchos hombres. Es un arma de guerra contra Satanás y contra nuestro propio orgullo. Es un grito de victoria: Cristo ha triunfado y nuestra fe hace real este triunfo en cada circunstancia particular. Es una oración de paz - la paz del Señor ya está establecida, y en el canto en lenguas la hacemos actuar frente a todo lo que no es paz.

Cantar en lenguas es un acto de fe; es clamar al Padre poderosamente, desde el Espíritu Santo, para proclamar y establecer - en cada situación - el Señorío de Jesucristo.

SOLI DEO GLORIA

"La Iglesia tiene necesidad de un Pentecostés permanente, tiene necesidad de fuego en el corazón. Necesidad de sentir que sube de lo más profundo de su intimidad personal como un gemido, una poesía, una oración, un himno, la voz orante del Espíritu - como nos enseña S. Pablo nos sustituye y ora en nosotros "con gemidos inefables". (Pablo VI 29-11-72)

Cantar, tocar o componer música para la Gloria de Dios significa, para nosotros católicos, servir a la Iglesia. Nuestro servicio a través de la música es un servicio de unidad, en comunión con la cabeza y con todos los miembros del cuerpo de Cristo. Para ello, hemos de actuar sometidos a nuestros pastores y en conformidad con la doctrina de

la Iglesia. Debemos conocer lo que la Iglesia dice acerca de la música y el canto, y dejarnos iluminar y conducir por sus enseñanzas.

El "Catecismo de la Iglesia Católica" dedica una página al tema: *(del CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA)*

CANTO Y MÚSICA

1156 "La tradición musical de la Iglesia universal constituye un tesoro de valor inestimable que sobresale entre las demás expresiones artísticas, principalmente porque el canto sagrado, unido a las palabras, constituye una parte necesaria o integral de la liturgia solemne" (SC112). La composición y el canto de salmos inspirados, con frecuencia acompañados de instrumentos musicales, estaban ya estrechamente ligados a las celebraciones litúrgicas de la Antigua Alianza. La Iglesia continúa y desarrolla esta tradición: "Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados- cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor" (Efe 5, 19- cf Col 3, 16-17). "El que canta ora dos veces" (.S. Agustín, Sal. 72, l).

1157 El canto y la música cumplen su función de signos de una manera tanto más significativa cuanto "más estrechamente estén vinculadas a la acción litúrgica" (SC112), según tres criterios principales: la belleza expresiva de la oración, la participación unánime de la asamblea en los momentos previstos y el carácter solemne de la celebración. Participan así de la finalidad de las palabras y de las acciones litúrgicas, la gloria de Dios y la santificación de los fieles (cf SC 112):

"¡Cuánto lloré al oír vuestros himnos y cánticos, fuertemente conmovido por las voces de vuestra Iglesia, que suavemente cantaba!

Entraban aquellas voces en mis oídos, y vuestra verdad se derretía en mi corazón, y con esto se inflamaba el afecto de piedad, y corrían las lágrimas, y me iba bien con ellas". (S. Agustín, Conf. IX; 6, 14)

1158 La armonía de los signos (canto, música, palabras y acciones) es tanto más expresiva y fecunda cuanto más se expresa en la (riqueza cultural propia del pueblo de Dios que celebra (cf SC 119). Por eso "foméntese con empeño el canto religioso popular, de modo que en los ejercicios piadosos y sagrados y en las mismas acciones litúrgicas", conforme a las normas de la Iglesia "resuenen las voces de los fieles" (SC 118). Pero "los textos destinados al canto sagrado deben estar de acuerdo con la doctrina católica; más aún, deben tomarse principalmente de la Sagrada Escritura y de las fuentes litúrgicas" (SC 121).

El libro "Iglesia en oración" escrito por los mejores y más autorizados especialistas del mundo en Liturgia, dirigidos por A. Martimort, también dedica un capítulo al canto. He aquí un resumen del mismo:

La antigüedad cristiana no tuvo más que seguir los consejos del Apóstol Pablo, de acuerdo con la tradición bíblica, para hacer del canto un modo normal de expresión de la oración litúrgica: "Cantad en vuestros corazones a Dios, con gratitud, salmos, himnos cánticos espirituales" (Col. 3,16),- "Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos espirituales; cantad y salmodiad de todo vuestro corazón al Señor" (Ef. 5, 19); en la Iglesia de Corinto, también según el testimonio de San Pablo, incluso se producían quizás improvisaciones carismáticas (1Cor. 14,26); además, las epístolas nos presentan restos preciosos de cantos litúrgicos de la primera comunidad. El canto aparece como signo de alegría, especialmente adaptado al sentimiento de la acción de gracias, cosa que sugiere por su lado (Sant 5,13) " ¿Está alegre alguno de entre vosotros? Cante himnos" Y en el mismo sentido, la Iglesia del cielo, según el Apocalipsis, expresa por medio del canto su reconocimiento por la redención y su alabanza hacia el Señor (Ap.4,8 y 11; 5,9-10; 14,3; 15, 3-4; 19, 1-8,etc.).

El canto también se considera como un medio de manifestar la unanimidad de los sentimientos, porque provoca, por su ritmo y melodía, una fusión tal de las voces que parece que sólo haya una. Y de hecho, sólo el canto permite una expresión de conjunto desde el momento en que la asamblea supera el tamaño del grupo pequeño. Los Padres destacan también que el canto da a las palabras una mayor fuerza e inteligibilidad, con lo que es posible prestarles una adhesión más intensa y meditarlas. Finalmente la música, tanto vocal como instrumental, puede crear un ambiente de fiesta, dar a ciertas manifestaciones el esplendor del triunfo, y es de este modo como intervenía en los grandes momentos de la liturgia de Israel. Pero al canto y a la música les es difícil mantener el papel estrictamente funcional que es el suyo, y no salirse de su condición de servicio: de ahí las numerosas vacilaciones experimentadas por la jerarquía y los teólogos ante tal o cual forma de arte. y la tentación que acecha al fiel de detenerse en la emoción estética sin llegar hasta el texto que la música tendría que hacer saborear mejor.

Este último párrafo nos sitúa en la perspectiva que la Iglesia tiene sobre todo carisma o don y, en concreto, sobre la música y el canto:

"Es la recepción de estos carismas, incluso de los más sencillos, la que confiere a cada creyente el derecho y el deber de ejercitarlos para edificación de la Iglesia, con la libertad del Espíritu Santo y en unión con todos los hermanos en Cristo, sobre todo con sus Pastores, a quienes toca juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado servicio; no por cierto para que apaguen el Espíritu, sino con el fin de que todo lo prueben y retengan lo que es bueno" (Vaticano II, Decreto sobre el Apostolado Seglar, nº 3).

Por tanto, en el ejercicio de los carismas que el Señor nos ha regalado para el canto y la música, pongámonos al servicio de los demás "según el don recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios" de manera que "todo el cuerpo se edifique en el amor" (Ef. 4,16)

Dios es libre en sus dones, y en cada momento va dando cosas nuevas a su Iglesia, distintas de las de ayer. Sólo El es capaz de inventar, de hacerlo todo nuevo. Dejémosle que, a través de nuestro ministerio, actúe para la renovación de la Iglesia. Dejémosle a El innovar, reavivar, unir. Nosotros, siervos inútiles somos; el canto y la música, simples instrumentos. Sólo El es Señor y Dueño.

S.D.G. Es el lema de Juan Sebastián Bach que aparece en casi todas sus partituras: "**Sólo a Dios la Gloria**"

2.12 Música de Dios

"¡Proclama mi alma la grandeza de Dios, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador!" (Lc 1. 46-47)

María es música de Dios. Es la música de Dios por excelencia. Nadie ha cantado ni cantará nunca la Gloria de Dios como ella. En María se han derramado en plenitud todos los dones para la oración, la alabanza y la adoración.

Nuestra madre es, además, la compositora del mejor himno del mundo: El **Magnificat**. Según las costumbres del pueblo hebreo, un poema así debía cantarse. María canta, con palabras bíblicas, su agradecimiento gozoso a Dios al visitar a su pariente Isabel. Dice Juan Pablo II en su Encíclica "**Redemptoris Mater**": "El canto del Magnificat expresa la experiencia personal de María. En él resplandece el misterio de Dios, la gloria de su inefable santidad".

Las raíces del canto de María están en el *cántico de Ana* (1Sam.2, 1-10) y en multitud de salmos:

- Mi alma se alegrará en Yahvéh y se gozará en su salvación... que libra al desvalido del poderoso, al pobre y al afligido del que lo despoja: 35, 9. 10.

- Magnífica conmigo a Yahvéh, ensalcemos a una su nombre: 34,4.
- Vuelva su rostro a la oración del despojado, y no rechace su plegaria. Se escribirá todo esto para la edad venidera, y un pueblo nuevo a Dios alabará: que Yahvéh se inclinó desde lo alto de su Santuario, desde los cielos a la tierra miró para oír el gemido de los cautivos: 102, 18-20.
- Yahvéh atiende al humilde : 138,6.
- Bendice, alma mía, a Yahvéh. Eterno es su amor para los que le temen: 103,1.17
- Alabad a Yahvéh, que es bueno , cantadle a nuestro Dios, que dulce su alabanza. Yahvéh levanta a los humildes y humilla a los impíos: 147.
- Los ricos quedan pobres y con hambre, mas quienes buscan a Yahvéh de ningún bien carecen: 34.1 1.
- Cantad a Yahvéh un cantar nuevo, porque ha hecho maravillas; la victoria se la ha dado su diestra y su santo brazo. Yahvéh ha hecho brillar su salvación- a la vista de las gentes ha revelado su justicia. Recordando su amor y su fidelidad para con la casa de Israel. Todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios: 98, 1-3.

Hay también reminiscencias en otros salmos y libros sagrados (Is 61; Hab 3, 18; 1 Sam 1-11 ; Mal 3, 12; Jos 8, 29; Job 22,9. Sal 71,19; 111,9; 118,15-16; 89,11; 107,9 ; 18,51).

Un canto compuesto enteramente de textos bíblicos, porque María guardaba la Palabra de Dios en su corazón y vivía todo lo que proclamaba. Por eso el Magnificat es un canto ungido. Nace de la Palabra que se hace vida justo allí donde actúa el Espíritu Santo: en el interior de María.

Para un ministerio de música, María es modelo a seguir. En nuestro servicio musical María nos enseña a actuar con valentía, en humildad y en unidad. Hemos de actuar con la valentía de María para proclamar la grandeza y la santidad de nuestro Dios; pero en nuestra entrega y nuestra pasión por el Señor y sus cosas, debemos mantenernos en humildad. Sentirnos como lo que somos: un vaso de barro lleno de sus tesoros (2 Cor 4,7). María nos muestra en qué debemos convertirnos cada uno de nosotros si queremos trabajar para el Reino desde la música: una humilde esclava, un humilde esclavo. Sólo desde nuestra conciencia de "incapacidad" , de nuestra "pobreza radical" -como María- podemos vivir, actuar, cantar en unidad. Dios es el único artista. Y El recibirá mayor gloria cuanto más frágil es la materia con la que hace su obra de arte. De este modo, como en María, nuestra pequeñez engrandece la obra de Dios. Porque el Señor ha elegido lo débil del mundo, lo imperfecto, lo que no cuenta (1 Cor. 1, 27-31). Ha elegido a María. Nos ha elegido a nosotros.

Por otro lado, cada vez que un ministerio de música se reúne, actúa y sirve en el nombre de Jesús, allí esta María. Para defendernos del enemigo. Para mantenernos en humildad, entrega y unidad. Para hacernos dóciles, como ella, al soplo del Espíritu. Es Ella, nuestra Madre, la Madre de Dios, quien nos sostiene e intercede. Y consigue lo imposible: transformar el agua (simples notas y palabras) en vino (mensajes de santidad y bendición).

El mismo Dios que miró y escogió a María, te ha mirado a ti. Su fuerza se mostrará en tu impotencia (2ª Cor 12, 9). El quiere que seas, como María, música de Dios. Dile, como ella : **¡Heme aquí, Señor!. ¡Hágase vida en mí tu canto nuevo!. Entonces iré, y cantaré y tocaré tu Gloria a las naciones.**

3. EL ESPÍRITU SANTO EN CLAVE DE SOL

"Mi padre creía en el hombre; mi abuelo creía en Dios. El primero me enseñó a hablar ; el segundo, a cantar". (E. Wiesel, premio Nobel de la Paz 1986)

La vida espiritual se marchita si está dominada únicamente por la razón. La música ayuda a despertar y desarrollar en nosotros la vida de los sentimientos, a concretarlos y matizarlos. Además, nos hace participar en las emociones y sentimientos de los demás. Da a nuestra vida espiritual una nueva dimensión.

En la naturaleza, a nuestro alrededor, no todo es puramente funcional. Dios no sólo ha hecho cereales y frutas para alimentarnos; también ha creado las flores, los pájaros, los insectos, de innumerables formas y colores. Ha puesto en nosotros un sentido estético que nos permite apreciar estas maravillas. La música juega un papel en esta "nueva creatura", en este hombre nuevo que tiene como único modelo a Dios. Cuando Bach decía que su música era "para la gloria de Dios y el recreo del espíritu" no pensaba solamente en ese placer estético que experimentamos al oírla, sino - sobre todo- en la transformación que la música puede producir en nuestro interior. Esto es lo que siempre ha transmitido la sabiduría popular, dice un proverbio chino que "si el Rey ama la música, su reino será gobernado mucho mejor".

Por otro lado, ya desde tiempos bíblicos la música ha sido utilizada para exaltar las pasiones perversas (Ex. 32, 6-17; 1ª Cor 10, 6-8) y para someter al hombre a la idolatría (Dn 3, 5-7- Am 6,5). Desde entonces, el poder sugestivo de la música ha sido reforzado considerablemente, llegando a hacer de ella un instrumento de manipulación psicológica de primer orden. Por eso, si el cristiano de hoy quiere alcanzar la plenitud de su hombre interior, debe escoger con discernimiento las músicas a las que se "expone".

Nos quejamos - con razón- de la pobreza musical; de lo mala que es mucha música que hoy se hace y se escucha; del efecto nefasto de ciertas músicas, especialmente en los jóvenes. La Iglesia debe pedir a Dios que le conceda dones musicales. Debe potenciar la formación de sus miembros en éste ámbito. Debe consagrar tiempo y dinero para que muchos hermanos y hermanas puedan prepararse y dedicarse a este servicio de oración, evangelización y unidad,

Ha de quedar bien claro, sin embargo, que la música no tiene en sí misma Poder. La adoración en espíritu y verdad no tiene su fuente en los sentimientos que la música pueda suscitar. La música, por sí misma, no nos dispone espiritualmente. No puede acercarnos a Dios. Sólo el Espíritu Santo tiene ese poder. Si nos servimos de la música como un instrumento de manipulación psicológica, los frutos que cosechemos estarán en relación con el instrumento utilizado. Serán muy aparentes, pero poco duraderos (Jn. 15, 16).

Tras estas consideraciones - todas necesarias -, miremos al futuro : ¿Cuál es el futuro de la música cristiana?. ¿Qué papel quiere Dios que juegue nuestro ministerio en la Iglesia del siglo XXI? Hay un pasaje de la Sagrada Escritura que ilumina estos interrogantes. 2ª Cro 20,18-30. Y la visión de un hermano costarricense -Martín Valverde- que ha dicho : "Mí sueño es ver la música cristiana a la vanguardia del ejército de Dios, conquistando el mundo para El".

Conozcamos la Palabra y lo que sobre ella nos dice Martín:

"Entonces el Rey Josafat se inclino postrado en tierra y todo el pueblo con él alababa al Señor. Los levitas de las familias de Quehatita v Coreíta también se levantaron v alabaron con gritos a Yahvéh, el Dios de Israel. Al día siguiente se levantaron temprano v salieron al desierto de Tecoa. Mientras iban saliendo. Josafat, puesto en pie dijo: Escuchad, Judá y habitantes de Jerusalén, tened confianza en

Yahvéh, vuestro Dios, y estaréis seguros, tened confianza en sus profetas y tendréis éxito.

Después de conversar con el pueblo, dispuso a algunos músicos y les puso unos vestidos especiales únicamente para ocasiones sagradas, para que marcharan al frente del ejército, para que cantaran: ¡Alabad al Señor porque su amor es eterno!.

Cuando empezaron a alabar, El Señor derrotó al enemigo".

"Es hora de que los músicos entiendan que son Profetas. Que los mismos músicos sepan que son Profetas. Los ponen al frente de ejército, pero después de haber consultado. Yo conozco y usted conoce muchos músicos que quieren estar al frente, pero sin consultar a nadie. El ejército en este caso es la iglesia. La iglesia es la que pone al músico delante; pero también es importante decir que todos estos años también la Iglesia estaba poniendo los músicos hacia atrás. Se es músico, para cantar cuando hay silencio. Se necesitan músicos sí no ha llegado el predicador. canten. Si no hay más que hacer. si hay que rellenar un espacio. canten. Hay que hacer una aclaración importante: Si hay una persona que es difícil de disciplinar ése es el músico. Es como un caballo brioso que no se puede parar, ¿Porqué? Porque es artista (en español le decimos bohemio) es el que se queda todas las noches cantando, llamando la atención de todo el mundo, y no le gusta que le den órdenes, porque él sabe lo que tiene que hacer (bueno, al menos eso él cree).

Pero en este caso Dios nos presenta uno de los mejores ejemplos para los músicos. Primero, hay una gran razón por la que están al frente: ¡Hay guerra!.Tu no puedes pretender estar al frente si no hay una poderosa razón. Aquí hay una poderosísima razón. Aquí hay una guerra, una guerra que parece perdida. Son 3 ejércitos contra uno. Los músicos iban a ser lo que llamamos en español "carne de cañón", los primeros; o era un privilegio o era una locura. ¿Pueden imaginarse al enemigo en ese momento? ¡Ahí vienen ya! ¿Qué tipo de armas traen? Parecen nuevas guitarras, tamboriles, parece una granada, no, no, es un micrófono. Suena a chiste, pero póngase a pensar en esta situación que fue real. Quizá les dé risa, pero piensen en aquella gente. Era una batalla perdida a menos que el Señor estuviera con ellos.

Usted y yo conocemos una gran cantidad de músicos que están muertos por ponerse al frente del ejército sin ninguna razón. Sólo por llamar la atención. Esto es un suicidio. Ayuden a ponerle a los músicos mantos sagrados, a seleccionarlos, a entrenarlos, a amarlos. Cualquiera persona necesita amor, pero sobre todo un músico un artista. Los artistas tienen una enfermedad; yo le llamo la enfermedad de Rambo. Él agarra su arma y se va él solo al frente, a destruir a todo el mundo. Lo quieren matar como 100 veces y no lo logran. Hasta su propia gente se vuelve contra él, pero al final él ganó. La Iglesia no tiene Rambos. En ninguna rama tiene Rambos. Hay un ejército, pero no hay Rambos. Tal es así que en la Biblia dice que Jesús siempre nos mandó de dos en dos. Ayúdenlos, entiéndalos, pero no les permitan ser Rambos. El músico tiene que tener disciplina para levantar su arma; pero le es muy difícil recibir órdenes Para levantar su espíritu. Mas no es una enfermedad que permanezca mucho. Si lo tratas como músico sí; pero si lo tratas como persona no."

La música y el canto son también dones que el Señor concede para reconstruir la unidad de su iglesia. Música ungida por el Espíritu no es sinónimo de música católica, es decir, compuesta e interpretada por católicos. En el terreno del ecumenismo, la música va por delante. ¡Con cuántos cantos compuestos por hermanos evangélicos adoramos el Cuerpo y la Sangre de Jesús real y verdaderamente presente sobre el altar, en nuestras Eucaristías!. ¿Por qué más de 15.000 hermanos evangélicos, de doce Iglesias distintas, comienzan su acto de oración común cantando el "Gloria" de un músico católico?.

En el Congreso Ecuménico Internacional celebrado en Berna en Julio de 1990, bajo el lema: "Jesús, esperanza de Europa", decía Graham Kendrick, responsable del

ministerio de música: "Tengo la convicción de que la Iglesia debe conquistar nuevos terrenos para el Reino de Dios. Es vital que saquemos la alabanza y la adoración de nuestras cuatro paredes y las acerquemos a nuestros vecinos, en los barrios, centros comerciales, parques públicos... allí donde está la gente y donde el poder de las Tinieblas reina a través del miedo, la tristeza y la apatía". Quien decía esto ... ¿era católico, evangélico o anglicano?. Era cristiano, y desde el Espíritu de Jesús estaba anunciando caminos de unidad "para que el Mundo crea" (Jn 17, 23). Como dice una de nuestras canciones: "¡Ay, unidad, pese a todo, eres la única salida que podemos ofrecer al mundo harto y sin vida!".

En este camino hacia "un Cielo nuevo y una Tierra nueva", en este camino hacia una nueva era para la Iglesia, encontraremos a gente que se agarra a la razón, al pasado, a la ciencia, a las cosas de este mundo... Pero la razón -decía el abuelo de Wiesel, el que le enseñó a cantar desde la Fe- "camina a tientas, y cuando encuentra un muro, se detiene y se empeña en deshacerlo ladrillo a ladrillo, sin llegar nunca a deshacerlo del todo, porque una mano invisible lo reconstruye y lo hace cada vez más alto y espeso".

Nosotros creemos en Jesucristo muerto y resucitado. El es nuestra fuerza. Ningún muro se nos resistirá. Con la música - que es su Fuego en nuestro corazón- los derrumbaremos. Tampoco tenemos miedo a las puertas: las atravesaremos con alegría y humildad, agarrados de la mano de nuestra Madre, confiados en Ella. Y si a nuestro alrededor, aún dentro de la misma Iglesia, la oscuridad se hiciese abrumadora... ¡ cerraremos los ojos !. No haremos caso aunque todo parezca hundirse. ¡ Cerraremos los ojos... para ver a Dios !. Y entonces la oscuridad no podrá adelantársenos; tendrá que perseguirnos.

Porque el Señor camina delante de su pueblo. El nos sacó de Egipto y para El cantamos y bailamos tras cruzar el Mar Rojo. El nos dirá cómo caminar alrededor de los muros, cuándo y cómo tocar nuestras trompetas para derribarlos.

¡Sabemos de quién nos hemos fiado!

¡¡¡JERICÓ CAERÁ!!!